

El
Principito



El
Principito

Antoine
de Saint-Exupéry ★

Grupo Editorial Tomo, S. A. de C. V.
Nicolás San Juan 1043
03100 México, D. F.

- 1a. edición, octubre 1998.
- 2a. edición, mayo 1999.
- 3a. edición, febrero 2000.
- 4a. edición, abril 2002.
- 5a. edición, diciembre 2002.
- 6a. edición, septiembre 2005.
- 7a. edición, febrero 2006.
- 8a. edición, octubre 2007.
- 9a. edición, septiembre 2010.

© *El Principito*
Antoine de Saint-Exupéry
Traducción: Guadalupe Velázquez Medina

© 2010, Grupo Editorial Tomo, S.A. de C.V.
Nicolás San Juan 1043, Col. Del Valle
03100 México, D.F.
Tels. 5575-6615, 5575-8701 y 5575-0186
Fax. 5575-6695
<http://www.grupotomo.com.mx>
ISBN: 970-666-098-4
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial No. 2961

Diseño de Portada: Trilce Romero
Tipográfico e Ilustraciones: Rafael Rutiaga
(tomando como referencias las originales del autor)
Supervisor de producción: Leonardo Figueroa

Derechos reservados conforme a la ley.
Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida
o transmitida en cualquier forma, o por cualquier medio
electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, cassette, etc.,
sin autorización por escrito del editor titular del Copyright.

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Antoine de Saint-Exupery.

29 de junio de 1900 a 31 de julio de 1944.

Nace en Lyon, Francia. Su padre, Jean de Saint-Exupery, que pertenecía a una antigua familia aristocrática y ostentaba el título de Conde, muere en 1904, dejando una viuda con cinco hijos de corta edad.

Antoine pasa en San Maurice de Remens los años más dulces junto a su madre y todos los que en esa época le llamaban "El Rey Sol"; Rey, porque reina sobre su mundo de fantasía; y Sol, por su rubio cabello que asemeja los rayos del Sol.

Es un chico tímido con cambios bruscos de humor y un vivo interés por la literatura y la astrología.

Ingresa a la Escuela Bossuet, donde estudia tres años, pero sin conseguir sus ilusiones de entrar a la Escuela Naval.

Matriculado en Arquitectura, es llamado al servicio militar en 1921, ingresando al 2o. Regimiento de Aviación.

Consigue su Título de Piloto Militar con grado de Subteniente, y es destinado al grupo de caza, donde sufre un accidente.

Restablecido de sus fracturas y muy afectado moralmente, consigue trabajo como inspector en una fábrica de ladrillos.

Durante los años que permanece en Nueva York, en el último piso de un edificio de Central Park South, escribe su libro titulado "Piloto de Guerra". Un documento más que sirve de prefacio al libro que ha escrito el periodista León Werth, con el título de "Carta a un rehén", dedicado a los 40 millones de franceses que son rehenes de los alemanes, publicado en 1943. Dos meses más tarde se publicó *El Principito*.

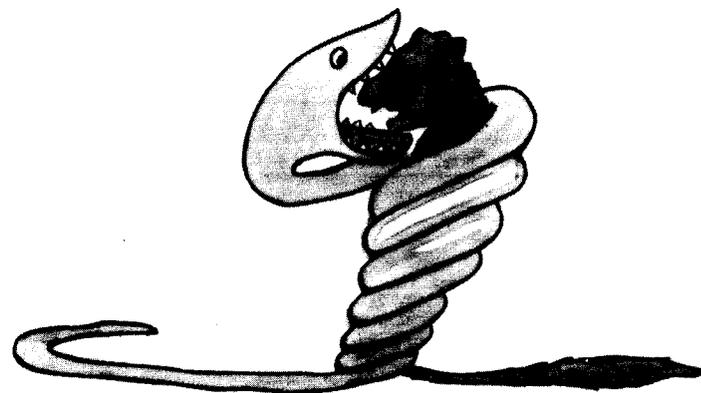
El 31 de julio de 1944 despegó para realizar su última misión, el avión y el cuerpo de Antoine de Saint-Exupery no se encontraron sobre tierra, quizá viajaba rumbo a su ilusión, a su fantasía, a encontrarse en el asteroide B 612 con su querido *Principito*.

Obras del mismo autor:
Tierra de Hombres, Vuelo Nocturno, Correo del Sur, Piloto de Guerra y El Principito.

A LEON WERTH

*P*ido a los niños que me perdonen por haber dedicado este libro a una persona mayor. Pero tengo una excusa muy importante: esta persona mayor es el mejor amigo que tengo en este mundo. Y tengo otra excusa: esta persona es capaz de comprenderlo todo, hasta los libros para niños. Y aún tengo otra tercera excusa: esta persona mayor vive en Francia, donde sufre de hambre y frío. Por lo tanto, tiene una gran necesidad de ser consolada. Si no fueran suficientes estas disculpas, entonces deseo dedicar este libro al niño que en otro tiempo fue esta persona mayor. Todas las personas mayores fueron antes niños (aunque pocas de ellas lo recuerden). Modifico, pues, mi dedicatoria:

A LEON WERTH CUANDO ERA NIÑO



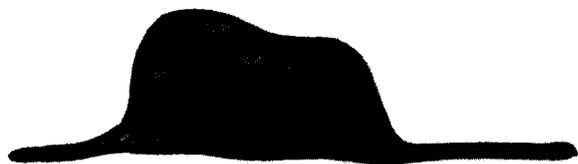
UNO

Tenia yo seis años cuando una vez vi un hermoso dibujo en un libro sobre la selva virgen que se titulaba "Historias vividas". Representaba a una serpiente boa que se devoraba a una fiera. Aquí arriba está la copia del dibujo.

El libro decía: "La serpiente boa se traga a su presa entera, sin mastigarla. Después no puede moverse y duerme seis meses, el tiempo que dura la digestión".

Esta lectura me hizo reflexionar mucho sobre las aventuras de la selva, y después de intentarlo

varias veces, logré al fin trazar con un lápiz de color mi primer dibujo. Mi primer dibujo era así:



Mostré mi obra de arte a las personas mayores y les pregunté si les daba miedo mi dibujo. Me respondieron:

—¿Por qué tiene que asustar un sombrero?

Mi dibujo no era el de un sombrero. Representaba a una serpiente boa que digería a un elefante. Entonces dibujé el interior de una serpiente boa para que las personas mayores pudieran comprender. Ellos siempre necesitan explicaciones. Mi dibujo número dos era así:



Las personas mayores me aconsejaron que dejara de dibujar serpientes boas abiertas o cerradas y que me dedicara un poco más a estudiar la geografía, la historia, la gramática y el cálculo. Así fue cómo a los seis años de edad, abandoné la magnífica carrera de pintor. Me sentía desalentado por el fracaso de mis dibujos uno y dos. Las personas mayores no pueden comprender nunca por sí mismas, y es molesto para los niños tener que darles siempre explicaciones.

Tuve que aprender otro oficio, y me dediqué a estudiar para piloto aviador. Volé un poco por todo el mundo. Efectivamente, la geografía me sirvió de mucho. Al primer golpe de vista sabía distinguir perfectamente China de Arizona. Es muy útil, sobre todo si uno se pierde durante la noche.

En el curso de mi vida tuve muchísimas relaciones con gente seria. Conviví mucho con personas mayores. Las he visto de cerca, pero no ha mejorado la opinión que tenía de ellas.

Cuando encontré alguna que me parecía un tanto lúcida, la sometí a la experiencia de mi primer dibujo, que siempre he conservado. Quería saber si verdaderamente era una persona comprensiva. Siempre me contestaron: "Es un sombrero". Entonces no les hablaba de serpientes boas, ni de la selva

virgen, ni de las estrellas. Me ponía a su altura y les hablaba de bridge, del golf, de la política y de corbatas. Y las personas mayores se quedaban muy satisfechas de haber conocido a un hombre tan razonable.

DOS

Viví así, solo, sin tener a nadie con quien hablar verdaderamente, hasta que hace seis años tuve una descompostura en el desierto de Sahara. Algo se había descompuesto en el motor. Como no me acompañaba ni un mecánico ni pasajeros, me dispuse a hacer yo solo una reparación difícil. Para mí era cuestión de vida o muerte. Apenas si tenía agua de beber para ocho días.

La primera noche dormí sobre la arena, a mil millas de distancia de todo lugar habitado. Me sentía más solo que un naufrago en una balsa en medio del océano. Imaginaos, pues, mi sorpresa cuando, al despuntar el día, me despertó una extraña vocecita que decía:

—¡Por favor... dibújame un cordero!

—¿Eh?

—¡Dibújame un cordero!

Me levanté de un salto, como herido por el rayo. Me froté los ojos, miré en torno mío y descubrí a un

extraordinario hombrecito que me examinaba detenidamente. He aquí, el mejor retrato que más tarde pude hacer de él, aunque mi dibujo, en verdad, es menos encantador que el modelo. Pero no es por mi culpa. Las personas mayores me desanimaron en mi carrera de pintor cuando tenía seis años, y sólo sabía dibujar boas abiertas y cerradas.

Con ojos de asombro miré, pues, aquella aparición. No olvidemos que me encontraba a mil millas de distancia del más próximo lugar habitado. Además, aquel hombrecito no parecía perdido, ni muerto de cansancio, ni de hambre, ni de sed, ni muerto de miedo. No tenía en absoluto el aspecto de un niño perdido en el desierto, a mil millas de distancia del más próximo lugar habitado. Cuando, por fin, pude hablar, le dije:

—¿Pero... qué haces aquí?

Repitió muy lentamente, como si se tratase de una cosa muy seria:

—¡Por favor, dibújame un cordero!

Ante un misterio tan impresionante, es imposible desobedecer. Por absurdo que aquello me pudiera parecer, a mil millas de todo lugar habitado y en peligro de muerte, saqué del bolsillo una hoja de papel y una pluma. Entonces recordé que había estudiado geografía, historia, cálculo y gramática, y le dije al hombrecito (un poco malhumorado) que no sabía dibujar.

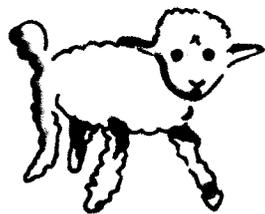


He aquí, el mejor retrato que más tarde pude hacer de él.

—¡Qué más da! —respondió el hombrecito—
¡Dibújame un cordero!

Como nunca había dibujado un cordero, re-
híce para él uno de los dos únicos dibujos que me
sentía capaz de dibujar: el de la boa cerrada. Y
quedé asombrado cuando escuché al hombrecito
decir:

—¡No, no; No quiero un elefante dentro de una
boa. La boa es muy peligrosa y el elefante muy
grande. En mi casa todo es muy pequeño. Yo quie-
ro un cordero. ¡Dibújame un cordero!

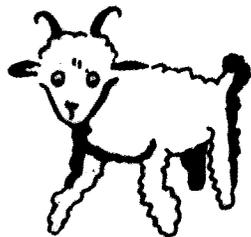


Entonces dibujé un cordero.
El hombrecito miró atenta-
mente. Después dijo:

—¡No! Este está muy en-
fermo. Dibújame otro.

Continué dibujando. El
hombrecito sonrió con dulzura
y dijo:

—¿No lo ves? Eso no es un
cordero, es un carnero. Tiene
cuernos...



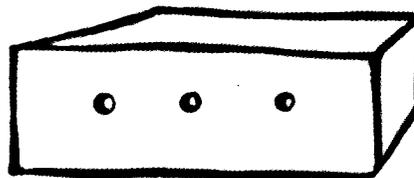
Hice de nuevo el dibujo. Y
el hombrecito lo rechazó tam-
bién, como los anteriores.

—Este es demasiado viejo.
Quiero un cordero que viva
mucho tiempo.

Me sentía impaciente, y
como quería comenzar a des-
montar el motor, garabateé a
toda prisa este dibujo y se lo
mostré:



—Aquí está la caja, el cordero que quieres está
adentro.



Quedé verdaderamente sorprendido al ver cómo
se iluminaba el rostro de mi joven juez.

—¡Es exactamente como lo quería! ¿Crees que
necesitará mucha hierba este cordero?

—¿Por qué?

—Porque en mi mundo todo es muy pequeño.

—Alcanzará seguramente. Te he regalado un
cordero muy pequeño.

Dirigió la mirada hacia el dibujo y exclamó.
—¡No es tan pequeño!... ¡Mira! Se ha dormido...
Y fue así como conocí al principito.

TRES

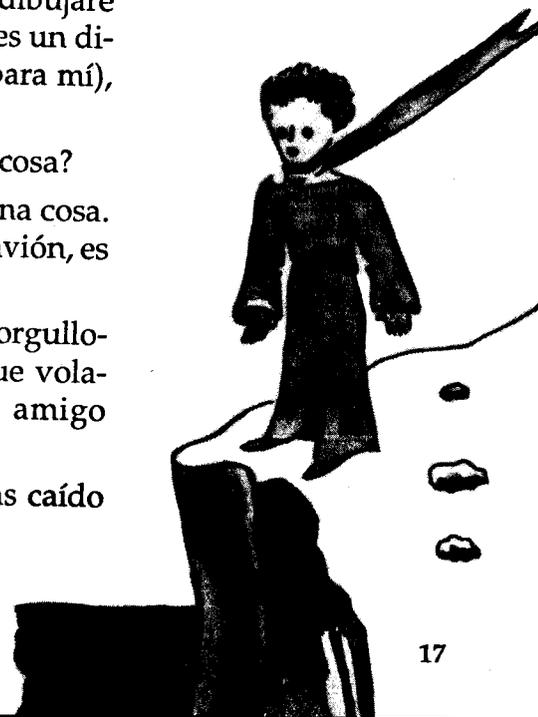
Tardé mucho tiempo en comprender de dónde venía. El principito, que no dejaba de hacerme preguntas, parecía no entender nunca las mías. Por palabras pronunciadas al azar pude, poco a poco, comprender el secreto. Cuando vio mi avión por primera vez (no dibujaré mi avión porque es un dibujo muy difícil para mí), me preguntó:

—¿Qué es esa cosa?

—Esto no es una cosa. Esto vuela, es un avión, es mi avión.

Me sentí muy orgulloso al explicarle que volaba. Entonces mi amigo exclamó:

—¿Cómo? ¿Has caído del cielo?



—Sí —le contesté con modestia.

—¡Ah, qué divertido!

Y el principito lanzó una sonora carcajada que, no obstante, me irritó mucho. Siempre quiero que mis desgracias se tomen en serio. Después añadió:

—Entonces, ¿tú también llegaste del cielo? ¿De qué planeta eres?

Una lucecita me iluminó el misterio de su presencia allí. Le pregunté bruscamente:

—¿Vienes de otro planeta?

No me respondió. Incluyó suavemente la cabeza mientras miraba el avión.

—En esto no es posible que hayas venido de muy lejos...

Y parecía que se hundía como en un ensueño. Así estuvo mucho tiempo. Después, sacó el cordero de su bolsillo y se ensimismó en la contemplación de su tesoro.

Imaginad cómo me intrigó esta semiconfidencia sobre "otros planetas". Me esforcé por saber algo más:

—Hombrecito, ¿de dónde vienes? ¿Dónde está tu casa? ¿Adónde quieres llevarte mi cordero?

Después de meditar en silencio, contestó:

—Lo bueno de la caja que me has obsequiado es que por la noche le servirá de casa.



...el planeta de donde venía el principito es el asteroide B 612.

—¡Claro! Y si te portas bien, te regalaré una cuerda y una estaca para que lo ates durante el día.

Mi proposición le pareció extraña al principito.

—¿Atarlo?, ¡qué idea tan rara!

—Pero si no lo atas se irá a cualquier parte y se perderá...

Mi amigo lanzó una nuéva carcajada.

—¿Adónde crees que se irá?

—No lo sé, a cualquier parte.

Entonces, el principito observó con gravedad:

—¡No importa, mi casa es muy pequeña!...

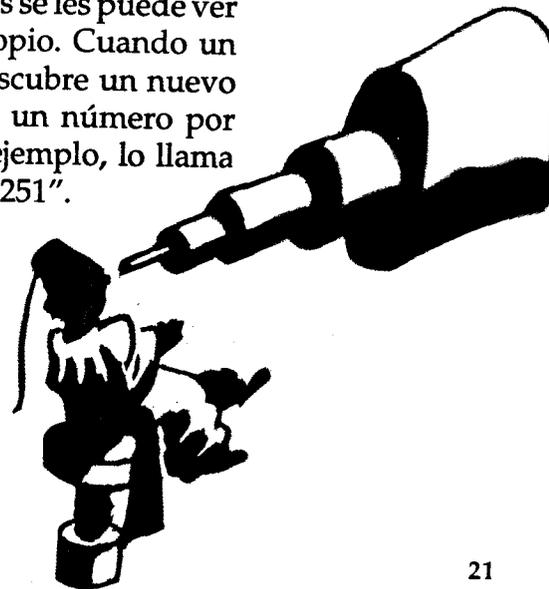
Y con un poco de melancolía, quizá, añadió:

—¿A cualquier parte? ¡No puede ir muy lejos!

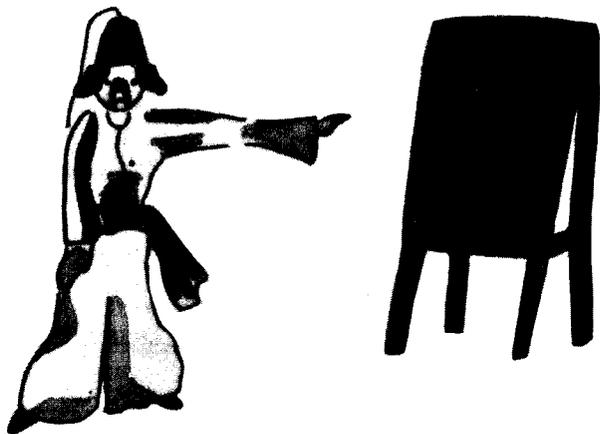
CUATRO

Así supe una segunda cosa muy importante: ¡el planeta de donde procedía era apenas del tamaño de una casa!

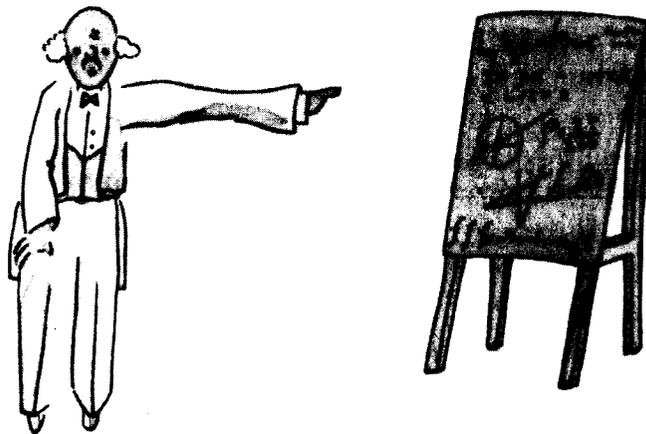
Esto no podía asombrarme mucho. Sabía muy bien que además de los grandes planetas como la Tierra, Júpiter, Marte, Venus, los cuales tienen nombre, existen centenares de planetas tan pequeños que apenas se les puede ver con un telescopio. Cuando un astrónomo descubre un nuevo planeta, le da un número por nombre. Por ejemplo, lo llama "el asteroide 3251".



Tengo poderosas razones para pensar que el planeta de donde venía el principito es el asteroide B 612. Este asteroide solamente ha sido visto una vez con ayuda del telescopio, en 1909, por un astrónomo turco.



El astrónomo comunicó su descubrimiento en un Congreso Internacional de Astronomía. Pero nadie le creyó debido a su manera de vestir. Las personas mayores son así. Afortunadamente para el asteroide B 612, un dictador turco impuso a su pueblo, bajo pena de muerte, el modo de vestirse a la europea. Posteriormente, el mismo astrónomo repitió su demostración en 1920, y como llevaba un traje muy elegante, todo el mundo lo creyó.



Si os he expuesto todos estos detalles acerca del asteroide B 612, y si os he confiado su número, es por las personas mayores. A éstas les gustan los números más que nada. Cuando les habláis de un nuevo amigo, jamás os preguntan acerca de lo esencial de esta persona. Nunca se les ocurre preguntaros: "¿Cómo es el timbre de su voz?" "¿Qué juegos prefiere?" "¿Colecciona mariposas?" En cambio, os preguntan: "¿Qué edad tiene?" "¿Cuántos hermanos tiene?" "¿Cuánto pesa?" "¿Cuánto gana su padre?" Sólo entonces creen conocerlo. Si les decís a las personas mayores: "He visto una preciosa casa de ladrillos rojos, con geranios en las ventanas y palomas en el tejado...", nunca llegarán a imaginarse cómo es la casa. Tenéis que decirles: "He visto una casa que vale cien mil francos".

Entonces sí exclamarán entusiasmados: "¡Oh, qué hermosa es!"

Y si les decís: "La prueba de que el principito existió consiste en que era un hombrecito encantador, que reía y quería tener un cordero: querer un cordero es prueba de que existe", se encogerán de hombros y os responderán que sois unos niños. Ahora bien, si les decís que el planeta de donde vino el principito es el asteroide B 612, se darán por satisfechos y os dejarán en paz. Las personas mayores son así y no hay que reprocharles. Los niños deben ser muy indulgentes con las personas mayores.

Pero es natural, nosotros, que comprendemos bien la vida, nos burlamos de los números. Me habría gustado mucho comenzar esta historia como si fuera un cuento de hadas. Me hubiera gustado decir:

"Erase una vez un principito que vivía en un planeta apenas más grande que él y que tenía necesidad de un amigo..." Para quienes comprenden la vida, esto les hubiera parecido mucho más real.

Pero me disgusta que mi libro sea leído a la ligera. ¡Siento una gran pena ante estos recuerdos! Mi amigo se fue hace seis años con su cordero, y si intento describirlo aquí es para no olvidarlo. Es triste olvidar a un amigo. No todos tienen un amigo. Y yo puedo llegar a ser como las personas

mayores, que no les importa más que las cifras. Por eso he comprado una caja de lápices de colores. ¡Qué penoso resulta, a mi edad, ponerse a dibujar cuando no he hecho en toda mi vida más intento que el de dibujar una boa abierta y una boa cerrada! ¡Y eso a la edad de seis años! Por lo tanto, intentaré hacer lo más parecido posible los dibujos, aunque resulte difícil lograrlo. Tal vez uno salga bien, pero el otro no se parecerá en nada. También me equivocaré en las proporciones. En un dibujo el principito será demasiado alto, en otro saldrá pequeño. Tengo mis dudas sobre si saldrá bien el color de su vestido. Intentaré una y otra vez, y bien que mal saldré adelante. Claro que me equivocaré en detalles importantes. Pero me tendrán que perdonar, pues mi amigo nunca me explicaba nada. Es probable que me considerara igual a él. Lo cierto es que yo no puedo ver a través de una caja. Tal vez yo sea un poco como las personas mayores. Tal vez estoy envejeciendo.

CINCO

Cada día aprendía algo nuevo sobre el planeta, sobre la partida, sobre el viaje. Así es como al tercer día supe del drama de los baobabs. Era producto de mis reflexiones, y me enteré como por azar.

Y fue gracias al cordero, pues el principito, como preocupado por una profunda duda, me preguntó:

—¿No es cierto que a los corderos les gusta comer arbustos?

—Sí, es cierto.

—¡Ah, qué contento estoy!

No entendí por qué creía que era importante que los corderos comieran arbustos. Mas el principito continuó:

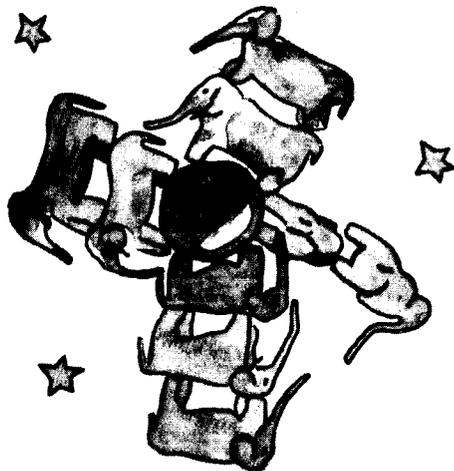
—¿Quiere eso decir que también comen baobabs?

Entonces le hice entender al principito que los baobabs no son arbustos, sino árboles tan altos como iglesias y que aunque llevase a toda una

manada de elefantes, no acabarían ni con un solo baobab.

La idea de la manada de elefantes le hizo mucha gracia al principito.

—Tendrían que ponerlos unos encima de los otros.



Y añadió sabiamente:

—Los baobabs, antes de crecer, son pequeñitos.

—Es cierto, pero ¿por qué quieres que tus corderos coman baobabs pequeñitos?

El principito me respondió: “¡Bueno!”, e hizo un gesto como si se tratara de algo que se comprendía sin ningún esfuerzo. Pero yo sí necesité esforzarme para comprender el problema.

En efecto como en todos los planetas, en el que vivía el principito había hierbas buenas y hierbas malas, y, como es natural, semillas de estas hierbas. Pero las semillas son invisibles, dormitan en el secreto de la tierra hasta que a una de ellas se le ocurre despertar. Entonces se estira y tímidamente



crece, extendiéndose hacia donde nace el Sol, convirtiéndose en una inofensiva y encantadora briznita. Si es una ramita de rosal o de un rábano, se le deja crecer como quiera. Pero si se trata de una planta mala, se debe arrancar inmediatamente, en cuanto se sepa que realmente es una mala hierba. En el planeta donde vivía el principito había semillas terribles: eran las semillas de los baobab. Estas semillas infestaban el suelo del planeta. Y si un

baobab no se arranca en cuanto aparece en el suelo, ya no puede uno desembarazarse de él. Invade todo el planeta y lo perfora con sus raíces. Y si el planeta es muy pequeño y los baobabs son muy numerosos, lo hacen estallar.

—Es cuestión de disciplina —me decía el principito—. Cuando uno termina de lavarse y arreglarse por la mañana debe hacer cuidadosamente la limpieza del planeta. Hay que dedicarse cada día a arrancar los baobabs, en cuanto se les ve entre los rosales, a los que se parecen mucho cuando son pequeñitos. Es un trabajo muy molesto, pero muy fácil.

Y un día me aconsejó que me dedicara a lograr un hermoso dibujo, que hiciera comprender a los niños de mi tierra esta idea: —Si algún día viajan —me decía—, les será útil. A veces se puede dejar para más tarde el trabajo que hay que realizar; pero si se trata de los baobabs, es siempre una catástrofe. Conocí un planeta habitado por un holgazán que descuidó tres arbustos...

Tal como me aconsejó el principito, dibujé aquel planeta. Aunque no me agradaba el papel de moralista, el peligro que entrañan los baobabs es tan grande y el riesgo a que se exponen los que se pierden en un asteroide es también tan enorme, que no dudo en salir por una vez de mi reserva y advertir: "Niños, cuidado con los baobabs". Y sólo

con el fin de prevenir a mis amigos de estos peligros que no conocen es por lo que me decidí con empeño a trabajar en este dibujo. La lección que doy con el dibujo merece tenerse en cuenta. Es probable que alguien me pregunte por qué no incluyo en este libro otros dibujos tan impresionantes como el de los baobabs. La respuesta es bien sencilla: he tratado de hacerlos, pero no lo he conseguido. Un sentimiento de urgencia me impulsó a dibujar los baobabs.



Los baobabs

SEIS

¡Ah, mi principito! ¡Cómo he ido comprendiendo poco a poco tu melancólica vida! Durante mucho tiempo tu única distracción han sido las puestas de sol. Me enteré de ello en la mañana del cuarto día, cuando me dijiste:

—Me encantan las puestas de sol, vamos a ver una...

—Tendremos que esperar...

—¿Esperar qué?

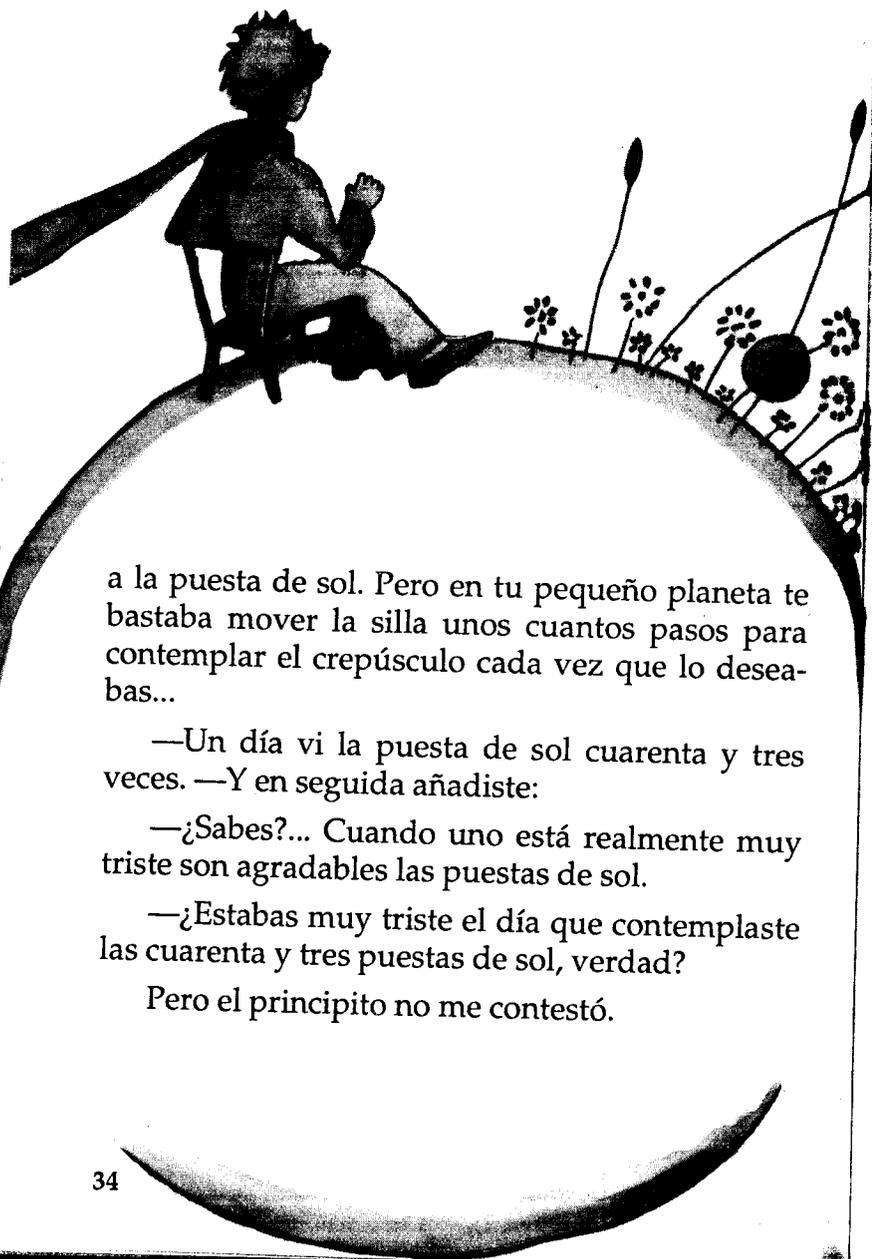
—Pues a que el Sol se ponga.

Al principio pareciste muy sorprendido. Después te reíste de ti mismo y me dijiste:

“Siempre creo que estoy en mi casa”.

Y en efecto, todo el mundo sabe que cuando es el mediodía en los Estados Unidos, en Francia se pone el Sol.

Por desgracia, Francia está muy lejos, y sería necesario trasladarse en un minuto allá para asistir



a la puesta de sol. Pero en tu pequeño planeta te bastaba mover la silla unos cuantos pasos para contemplar el crepúsculo cada vez que lo deseabas...

—Un día vi la puesta de sol cuarenta y tres veces. —Y en seguida añadiste:

—¿Sabes?... Cuando uno está realmente muy triste son agradables las puestas de sol.

—¿Estabas muy triste el día que contemplaste las cuarenta y tres puestas de sol, verdad?

Pero el principito no me contestó.

SIETE

Al quinto día, y también gracias al cordero, me fue revelado este otro secreto de la vida del principito. Me preguntó bruscamente y sin preámbulos, como si se tratara de un asunto previamente meditado durante mucho tiempo:

—Si un cordero come arbustos, ¿comerá también flores?

—Un cordero come todo lo que encuentra.

—¿Y hasta las flores que tienen espinas?

—Sí.

—Entonces, ¿para qué sirven las espinas?

Reconozco que no lo sabía. Yo estaba muy ocupado intentando sacar del motor un perno demasiado ajustado. Estaba muy preocupado porque la avería me empezaba a parecer muy grave y el agua para beber que se agotaba me hacía temer lo peor.

—¿Para qué sirven las espinas?

Una vez que el principito hacía una pregunta no soportaba que se la dejara sin respuesta. Irritado por la resistencia del perno, le contesté cualquier cosa:

—Las espinas no sirven para nada; son pura maldad de las flores.

—¡Oh!

Y después de un silencio me dijo con cierto rencor:

—¡No te creo! Las flores son ingenuas y débiles, y se defienden como pueden. Se creen terribles con sus espinas...

No le dije nada. En aquel instante me decía a mí mismo: "Si este perno se resiste todavía, lo haré saltar de un martillazo". El principito interrumpió nuevamente mis reflexiones...

—¿Crees que las flores...?

—¡No, no creo en nada! Te he contestado cualquier cosa para que te calles. Estoy ocupado en cosas serias.

Me miró asombrado.

—¿De cosas serias?

Me observaba con mi martillo en la mano y los dedos llenos de grasa, inclinado sobre algo que le parecía muy feo.

—¡Tú hablas como las personas mayores!

Sentí gran vergüenza. Mas, implacable, añadí:

—¡Lo mezclas todo, lo confundes todo!

Se le veía verdaderamente irritado. Agitaba al viento sus dorados cabellos con sacudidas de la cabeza.

—Conozco un planeta donde vive un señor de color escarlata; jamás ha olido una flor, ni ha mirado a una estrella; jamás ha amado a nadie. No ha hecho más que sumas y restas. Y todo el día repite como tú: ¡Soy un hombre serio!... Esto lo llena de orgullo. Pero no es un hombre: ¡es realmente un hongo!

—¿Un qué?

—¡Un hongo!

El principito estaba pálido de cólera.

—Hace millones de años que las flores tienen espinas; hace igualmente millones de años que los corderos comen flores, a pesar de sus espinas. ¿Y no es cosa seria comprender por qué las flores fabrican unas espinas que no les sirven para nada? ¿Acaso no es importante esa guerra de las flores y



los corderos? ¿No es esto mucho más importante que las sumas de un señor gordo y rojo? Y si yo conozco una flor única en el mundo, que sólo existe en mi planeta; si sé que un corderito puede aniquilarla sin saberlo, ¿no es esto importante?

El principito enrojeció y añadió:

—Si alguien ama a una flor de la que sólo existe una en millones y millones de estrellas, es suficiente para sentirse feliz cuando mira a las estrellas. Se dice: "Mi flor está allí, en alguna parte". Y si el cordero se come la flor, ¡para él es como si súbitamente todas las estrellas se apagarán! Y esto ¿no es importante?

No pudo continuar y estalló bruscamente en sollozos.

La noche había caído: dejé mis herramientas y el martillo. El perno, la sed, la muerte, no me importaban ya. ¡En una estrella, en un planeta, en el mío, la Tierra, había un principito que necesitaba consuelo! Lo tomé en mis brazos y lo mecí mientras le decía:

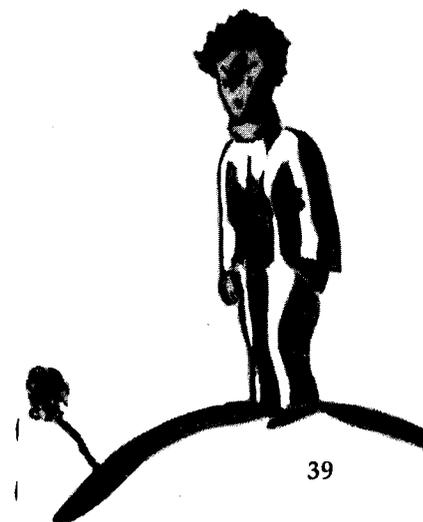
—La flor que amas no corre peligro... Dibujaré un bozal para tu cordero y una protección para tu flor... Di...

No sabía bien qué decirle. No sabía cómo lograr que de nuevo tuviera confianza en mí. Me sentía torpe. ¡Es tan misterioso el país de las lágrimas...!

OCHO

Aprendí bien pronto a conocer esta flor. En el planeta del principito siempre habían existido flores muy simples, adornadas con una sola fila de pétalos, que casi no ocupaban lugar y no molestaban a nadie. Surgían entre la hierba una mañana, y por la tarde ya habían desaparecido. Pero aquella flor había germinado de una semilla que quién sabe de dónde llegó, y el principito había vigilado muy de cerca desde el primer día que la vio a aquella ramita tan distinta de las que él conocía.

Tal vez fuera una nueva especie de baobab. Pero aquella ramita dejó pronto de crecer y empezó a echar una nueva flor. El principito observó el crecimiento de un capullo enorme. Y quedó plenamente convencido de que de allí brotaría una



aparición maravillosa. Sin embargo, abrigada dentro de su vaina verde, la flor no se decidía a mostrar su belleza. Seleccionaba con cuidado sus colores. Se vestía con lentitud y ajustaba uno a uno sus pétalos.

No quería aparecer arrugada como las amapolas. Quería aparecer con todo el esplendor de su belleza. ¡Ah, qué coqueta era aquella flor! Su misterioso vestido duraba días y días. Hasta que, por fin, una mañana, a la salida del Sol, mostró su hermosura.

La flor, que había trabajado con tanto cuidado, dijo con un bostezo:

¡Ah, perdóname... si apenas acabo de despertar... estoy tan despeinada!

—¡Qué hermosa eres!

—¿Verdad? —contestó con toda dulzura la flor—. He nacido al mismo tiempo que el Sol.

El principito pensó que aquella flor no era muy modesta, mas ¡era tan conmovedora!



—Creo que ya es hora de desayunar —añadió la flor—; si fueras tan bondadoso de pensar un poco en mí...

Confuso, el principito fue a buscar una regadera y la regó abundantemente con agua fresca.



El principito se sintió bien pronto atormentado por la sospechosa vanidad de la flor. Por ejemplo, un día la flor le dijo comentando de sus cuatro espinas:

¡Ya pueden venir los tigres con sus garras!

—En mi planeta no hay tigres —observó el principito—; además, los tigres no comen hierba.

—Yo no soy una hierba —contestó dulcemente la flor.

—Perdóname.

—No temo a los tigres, aunque sí a las corrientes de aire. ¿Tienes un biombo?

“Miedo a las corrientes de aire... No es precisamente una suerte para una planta —pensó el principito—. Esta es una flor demasiado complicada”...

—Por la noche me abrigarás con una campana... hace mucho frío aquí. No se siente una muy a gusto, de donde yo vengo.



La flor dejó de hablar. Había llegado a aquel planeta en forma de semilla y no podía conocer otros mundos. Se sintió humillada por haberse dejado descubrir en aquella mentira tan inocente. Tosió dos o tres veces para mostrarse simpática al principito.

—¿Y el biombo?

—Iba a buscarlo, ¡pero como me estabas hablando...!

La flor volvió a toser en su intento de despertar remordimientos en el principito.

De este modo, el principito, a pesar de la sinceridad de su amor, empezó a dudar de la flor. Había tomado en serio palabras sin importancia y se sintió desgraciado.



“Nunca debí haberla escuchado —me confió un día—; nunca se debe escuchar a las flores. Sólo hay que mirarlas y olerlas. Mi flor perfumaba mi planeta, pero no me producía placer. Aquella historia de garras y tigres que tanto me impresionó debió enternecerme...”

Y continuó confiándose:

“Entonces no supe comprender nada. Debí juzgarla por sus actos y no por sus palabras. ¡No debí jamás huir de allí; la flor me perfumaba y me iluminaba! Debí adivinar su ternura tras sus inocentes astucias. ¡Son tan contradictorias las flores! Pero yo era demasiado joven para saberla amar”.

NUEVE

Creo que, para evadirse, el principito aprovechó una migración de pájaros silvestres. La mañana de la partida puso en perfecto orden su planeta. Limpió cuidadosamente el hollín de los volcanes que estaban activos. El principito poseía dos volcanes activos, que le eran muy útiles para calentar el desayuno. También poseía un volcán apagado. Lo limpió, pues, como él decía, "nunca se sabe lo que puede ocurrir". Si están bien limpios de hollín, los volcanes arden suave y regularmente, sin erupciones. Las erupciones volcánicas son como el fuego de las chimeneas. Evidentemente, en nuestro país somos muy pequeños para deshollinar los volcanes, por eso nos causan tantos disgustos.

El principito arrancó también, con cierta melancolía, los últimos brotes de baobabs. Creía que nunca más volvería a su planeta. Pero todos estos trabajos cotidianos le parecieron al principito sumamente agradables. Y cuando regó por última vez la flor, disponiéndose a protegerla debajo de la

campana, se dio cuenta de que sentía ganas de llorar.

—Adiós —dijo a la flor.

Pero la flor no le contestó.

—Adiós —repitió.

La flor tosió, pero no precisamente porque estuviese resfriada.

—He sido una majadera —le dijo ella, por fin—. Te pido perdón. Procura ser feliz.

Quedó sorprendido porque ella no le reprochara nada. Quedó desconcertado, con la campana en la mano. No comprendía aquella suave dulzura.

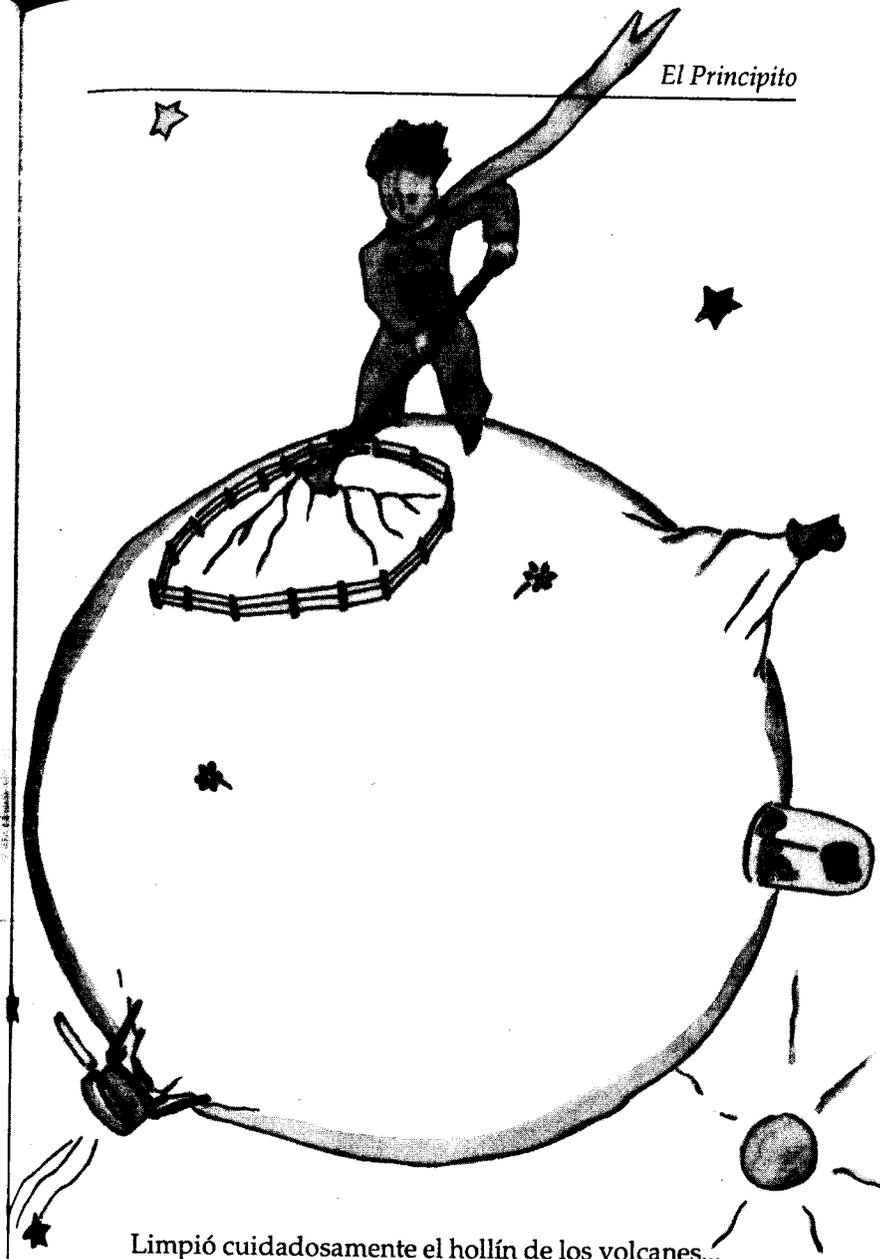
—Sí, te quiero —le dijo la flor—. Por mi culpa no has aprendido nada. No tiene importancia. Pero tú has sido tan tonto como yo. Trata de ser feliz. Deja tranquila tu campana, ya no la quiero.

—Pero el viento...

—No estoy tan resfriada como para... El aire fresco de la noche me hará bien. Soy una flor.

—Pero ¿y los animales?

—Tendré que tolerar a dos o tres orugas si quiero conocer a las mariposas. Pienso que son muy hermosas. Si no, ¿quién me visitará? Tú estarás lejos. En cuanto a las fieras, no les temo. Tengo mis garras.



Limpio cuidadosamente el hollín de los volcanes...

Y le mostró ingenuamente sus cuatro espinas. Después añadió:

—No esperes más, es doloroso. Si has decidido marchar, vete.

No quería que la viese llorar. Era una flor muy orgullosa.

DIEZ

El principito se encontraba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330. Comenzó, pues, a visitarlos para encontrar una ocupación y para instruirse.

El primero estaba habitado por un rey. El rey, vestido de púrpura y armiño, estaba sentado en un trono muy sencillo y, sin embargo, majestuoso.

—¡Ah, ahí tenemos a un súbdito! —exclamó el rey cuando vio al principito.

El principito se preguntó:

—¿Cómo puede reconocerme, si jamás me ha visto?

Ignoraba que, para los reyes, el mundo está muy simplificado. Todos los hombres son súbditos.

—Acércate, para que te vea mejor —le dijo el rey, que estaba orgulloso de ser al fin rey de alguien.

El principito buscó dónde sentarse, pero el planeta estaba completamente ocupado por el magní-

fico manto de armiño. Se quedó, pues, de pie, y como estaba cansado, bostezó.

—El protocolo no permite bostezar ante un rey —le dijo el monarca—. Te lo prohíbo.

No lo puedo impedir —respondió el principito confuso—. He hecho un largo viaje y no he dormido...

—Entonces —le dijo el rey—, te ordeno bostezar. Desde hace años no he visto bostezar a nadie. Para mí, los bostezos son una curiosidad. ¡Bosteza otra vez, es una orden!

—Eso me asusta... no puedo —dijo el principito—, enrojeciendo.

—¡Hum, hum! —respondió el rey—. Entonces te ordeno que bosteces y que no bos...

Irritado, comenzó a farfullar algo.

Al rey le gustaba, sobre todo, que fuera respetada su autoridad. Y no toleraba la desobediencia. Era un rey absoluto. Pero, como era muy bueno, daba órdenes razonables.

“Si ordeno, decía con frecuencia, si ordeno a un general que se convierta en un ave marina, y si el general no obedece, no sería por culpa del general. Sería culpa mía”.

—¿Puedo sentarme? —preguntó tímidamente el principito.



—Ordeno que te sientes —le respondió el rey—, que recogió con toda majestuosidad un faldón de su manto de armiño.

El principito se sorprendió. El planeta era minúsculo. ¿Sobre qué podía reinar el rey?

—Sir —le dijo el principito—, perdonadme porque os pregunte...



—Te ordeno que me preguntes —se apresuró a decirle el rey.

—Sir... ¿sobre qué reináis?

—Sobre todo —le contestó el rey con gran sencillez.

—¿Sobre todo?

Con un ademán sencillo, el rey señaló a su planeta, a los otros planetas y a las estrellas.

—¿Sobre todo eso? —preguntó el principito.

—Sobre todo eso —respondió el rey.

Pues no era solamente un monarca absoluto, sino un rey universal.

—¿Y os obedecen las estrellas?

—Es natural —le dijo el rey—. Obedecen inmediatamente. Jamás tolero una indisciplina.

Tal poder maravilló al principito. Si él lo hubiera tenido, habría podido asistir, no a cuarenta y tres puestas de sol, sino a setenta y dos, o incluso a cien; tal vez a doscientas puestas de sol en el mismo día, sin tener necesidad de mover jamás su silla. Y como se sentía un poco triste al recordar su abandonado planeta, se atrevió a pedirle una gracia al rey:

—Quisiera ver una puesta de sol... Complácedme... Ordenad al Sol que se ponga.

—Si ordeno a un general que vuele de flor en flor, como una mariposa, o que escriba una trage-

dia, o convertirse en ave marina, y si el general no ejecuta la orden recibida, ¿quién caería en falta, él o yo?

—Usted —dijo con seguridad el principito.

—Exacto. A cada uno hay que exigirle lo que cada uno pueda dar —replicó el rey—. La autoridad reposa, en primer lugar, en la razón. Si ordenas a tu pueblo que se eche al mar, hará una revolución. Yo tengo derecho a exigir obediencia porque mis órdenes son razonables.

—¿Entonces... mi puesta de sol? —dijo el principito, que jamás olvidaba una pregunta una vez que la había planteado.

—Tendrás tu puesta de sol, yo la exigiré. Pero esperaré, según mi ciencia de gobernar, a que las condiciones sean favorables.

—¿Y cuándo serán favorables? —preguntó el principito.

—¡Hem, hem! —le contestó el rey, que consultó en seguida un grueso calendario—. ¡Hem, hem!, será hacia...hacia... será hacia las siete horas cuarenta minutos. ¡Verás cómo soy obedecido!

El principito bostezó. Lamentó la pérdida de su puesta de sol. Y como empezaba a sentirse aburrido, le dijo al rey:

—Ya no tengo nada qué hacer aquí. ¡Me marchó!

—No marches —le contestó el rey, que se sentía orgulloso de tener un súbdito. ¡No marches, te nombro ministro!

—¿Ministro de qué?

—De... ¡Justicia!

—¡Pero no tenemos a nadie a quién juzgar!

—Nunca se sabe —le dijo el rey—. Todavía no he visitado mi reino. Soy muy viejo, no tengo espacio para una carroza y me fatiga caminar.

—¡Oh, pero yo ya me he dado cuenta! —dijo el principito, que se alzó para echar una mirada al otro lado del planeta—. No hay ni una sola persona allá abajo...

—Te juzgarás tú mismo —le contestó el rey—. Es lo más difícil. Es mucho más difícil juzgarse uno mismo que juzgar a los demás. Si logras juzgarte bien, eso quiere decir que eres un verdadero sabio.

—Yo —dijo el principito— puedo juzgarme en cualquier lugar. No tengo necesidad de vivir aquí.

—¡Hem, hem! —dijo el rey—, creo que en algún lugar de mi planeta hay una rata vieja. La oigo de noche. Podrás juzgar a esa vieja rata. De tanto en tanto la condenarás a muerte. Así, su vida dependerá de tu justicia. Pero en cada ocasión la perdonarás para tener a alguien a quien juzgar en un momento, ya que sólo hay una.

—Yo —respondió el principito— no condenaré nunca a nadie, no me gusta condenar a muerte. Pienso que debo irme.

—No —dijo el rey.

Pero el principito, que no quería disgustar al viejo rey, preparó sus cosas para irse y dijo:

—Si Vuestra Majestad desea ser obedecido sin demora, debería darme una orden razonable. Podría ordenarme, por ejemplo, que marchara de aquí antes de un minuto. Me parece que las condiciones son favorables...

El rey no respondió, y después de dudar un instante, el principito inició su partida.

—Te nombro mi embajador —se apresuró a decirle entonces el rey.

El rey parecía poseído de una gran autoridad.

“Las personas mayores son bien extrañas”, se decía a sí mismo el principito durante su viaje.

ONCE

El segundo planeta estaba habitado por un vanidoso.

—¡Ah, ah! ¡Tenemos la visita de un admirador!
—gritó el vanidoso en cuanto vio al principito.

Pues, para los vanidosos, los otros hombres son admiradores suyos.

—Buenos días —dijo el principito—. Qué chistoso sombrero lleva usted.

—Es para saludar —le contestó el vanidoso—. Para saludar a los que me aclaman. Desgraciadamente no pasa nunca nadie por aquí.

—¿Sí? —dijo el principito, sin comprender.

—Choca una mano contra la otra —le aconsejó el vanidoso.

El principito aplaudió, como le pidió el vanidoso. Éste saludó modestamente levantando su sombrero.

“Esto es más divertido que visitar a un rey”, se dijo el principito. Y volvió a aplaudir. El vanidoso saludó de nuevo levantando su sombrero.

Después de cinco minutos de hacer aquel ejercicio, el principito se cansó de la monotonía del juego.

—¿Qué se debe hacer para que el sombrero se caiga? Pero el vanidoso no lo entendió. El vanidoso no escucha más que las alabanzas.

—¿Verdad que me admiras mucho? —le preguntó al principito.

¿Qué significa admirar?

—Admirar significa reconocer que soy el hombre más hermoso, el mejor vestido, el más rico y el más inteligente del planeta.

—¡Pero tú eres el único habitante de tu planeta!

—Compláceme, ¡admírame por lo menos!

—Te admiro —dijo el principito levantando los hombros—, ¿pero para qué te sirve?

Y el principito se marchó.

“Las personas mayores son muy raras”, se decía el principito durante su viaje.



DOCE

El siguiente planeta estaba habitado por un bebedor. Esta visita fue muy breve, pero sumió al principito en una gran melancolía.

—¿Qué haces ahí? —le dijo el principito al bebedor—, al que encontró en silencio ante una colección de botellas vacías y otra colección de botellas llenas.

—Bebo —le respondió el bebedor con aire lúgubre.

—¿Para qué bebes? —le preguntó el principito.

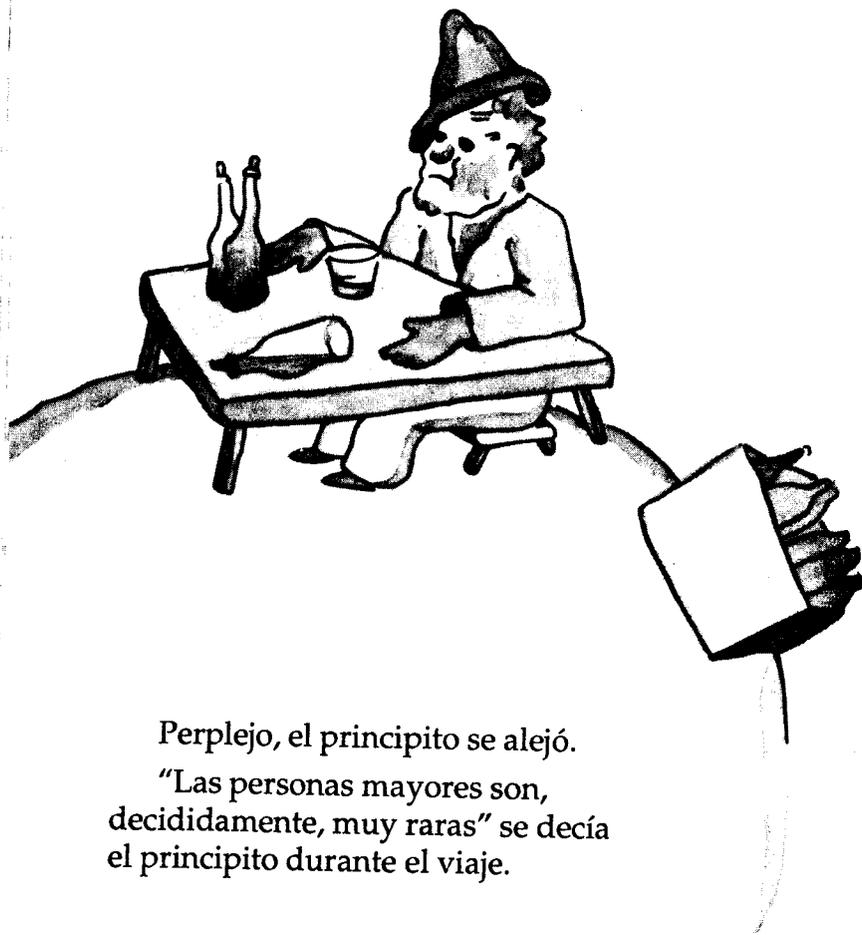
—Para olvidar.

—Para olvidar ¿qué? —inquirió el principito—, que empezaba a compadecerlo.

—Para olvidar mi vergüenza —confesó el bebedor bajando la cabeza.

—Vergüenza ¿de qué? —quiso informarse el principito, que quería ayudar al bebedor.

—¡Vergüenza de beber! —concluyó el bebedor, que se sumió nuevamente en el silencio.



Perplejo, el principito se alejó.
“Las personas mayores son,
decididamente, muy raras” se decía
el principito durante el viaje.

TRECE

El cuarto planeta estaba habitado por un hombre de negocios. Este hombre estaba tan ocupado que ni levantó la cabeza a la llegada del principito.

—Buenos días—le dijo—, su cigarro está apagado.

—Tres y dos son cinco; cinco y siete, doce. Doce y tres, quince. Buenos días. Quince y siete, veintidós; veintidós y seis, veintiocho. No tengo tiempo de encenderlo. Veintiséis y cinco, treinta y uno. ¡Uf! En total, quinientos un millones, seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

—¿Quinientos millones de qué?

—¡Eh! ¿Todavía estás ahí? Quinientos millones de.. ya no sé... ¡Tengo tanto trabajo! Soy un hombre serio y no me gustan las tonterías. Dos y cinco, siete...

—Quinientos millones ¿de qué? —repitió el principito—. Que jamás había renunciado a una pregunta una vez que la había planteado.

El hombre de negocios levantó la cabeza.

—Desde hace cincuenta y cuatro años que vivo en este planeta sólo me han molestado tres veces. La primera fue hace veintidós años por un abejorro que Dios sabe de dónde vino. Hizo un ruido espantoso y yo cometí cuatro errores en las sumas. La segunda fue hace once años a causa de un reumatismo. No hago ejercicio, no tengo tiempo de andar por la calle. Yo soy un hombre serio. La tercera vez... ¡es ésta! Decía, pues, quinientos un millones...

—Millones ¿de qué?

El hombre de negocios comprendió que no lo dejaría en paz.

—Millones de esas pequeñas cosas que algunas veces se ven en el cielo.

—¿Moscas?

—No, esas pequeñas cosas que brillan.

—¿Abejas?

—No, esas pequeñas cosas doradas que hacen soñar a los holgazanes. No tengo tiempo de soñar.

—¡Ah! ¿Estrellas?

—Eso es, estrellas.

—¿Y qué haces con quinientos millones de estrellas?

—Quinientos un millones, seiscientos veintidós mil setecientos treinta y una. Yo soy serio, soy exacto.



—¿Y qué haces con esas estrellas?

—¿Que qué hago?

—Sí.

—Nada, las poseo.

—¿Tú posees las estrellas?

—Sí.

—Pero yo he conocido a un rey...

—Los reyes no poseen, reinan. Es muy diferente.

—¿Y para qué te sirve poseer estrellas?

—Me sirve para ser rico.

—¿Y para qué te sirve ser rico?

—Para comprar otras estrellas en el caso de que alguien las descubra.

“Este —se dijo para sí el principito— razona como el borracho”.

Sin embargo, le hizo otras preguntas.

—¿Cómo se puede poseer estrellas?

—¿De quién son?—respondió malhumorado el hombre de negocios.

—No lo sé, de nadie.

—Entonces son mías, pues soy el primero que lo ha pensado.

—¿Basta con eso?

—Naturalmente. Cuando encuentras un diamante que no tiene dueño, es tuyo. Cuando encuentras una isla que no es de nadie, es tuya. Cuando tienes una idea antes que nadie, la patentes, es tuya. Y yo poseo estrellas puesto que nadie ha tenido la idea de poseerlas antes que yo.

—Es cierto —dijo el principito—. ¿Y qué haces con ellas?

—Las administro. Las cuento y las recuento —dijo el hombre de negocios—. Es difícil. ¡Yo soy un hombre serio!

El principito no estaba convencido todavía.

—Si yo poseo un pañuelo, me lo pongo alrededor del cuello y me lo llevo; si poseo una flor, puedo llevármela. ¡Pero tú no puedes llevarte las estrellas!

—No, pero puedo ponerlas en un Banco.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiero decir que puedo escribir en un papel el número de mis estrellas, y después encerrar el papel bajo llave en un cajón.

—¿Eso es todo?

“Es divertido —pensó el principito—. Resulta bastante poético, pero no tiene nada de serio.”

El principito tenía sobre las cosas serias ideas muy diferentes a las de las personas mayores.

—Yo —dijo aún— poseo una flor que riego todos los días; poseo tres volcanes que deshollino cada semana, pues también limpio al que está extinguido. Nunca se sabe...

Esto es útil a mis volcanes y a mi flor. Pero tú no eres útil a las estrellas.

El hombre de negocios intentó hablar, pero no encontró una respuesta. Entonces, el principito se fue.

“Decididamente, las personas mayores son extraordinarias”, se decía a sí mismo el principito durante el viaje.

CATORCE

El quinto planeta resultaba muy extraño: era tan pequeño, el más pequeño de todos, que apenas si tenía espacio para alojar a un farol y a un farolero. El principito no llegaba a comprender para qué podía servir, en algún lugar del cielo, en un planeta sin casas ni población, un farol y un farolero. No obstante, se dijo:

“Es posible que este hombre sea absurdo; sin embargo, es menos absurdo que el rey, el vanidoso y el borracho. Por lo menos su trabajo tiene algún sentido. Cuando enciende su farol, es como si diera nacimiento a una estrella o a una flor; cuando lo apaga, la flor y la estrella duermen. Es un trabajo muy bonito, y verdaderamente es bonito porque es útil”.

Cuando llegó al planeta saludó respetuosamente al farolero.

—Buenos días. ¿Por qué apagas tu farol?

—Es la orden —le respondió el farolero.

—¿Cuál es la orden?

—Apagar mi farol. Buenas noches.

Y lo encendió de nuevo.

—No comprendo —le dijo el principito.

—No hay que comprender nada —dijo el farolero—. La orden es la orden. Buenos días.

Y apagó su farol.

Después se limpió la frente con un pañuelo de cuadros rojos.

—Tengo un oficio terrible. En otros tiempos este trabajo tenía sentido. Apagaba el farol por la mañana y lo encendía al anochecer. El resto del día descansaba y por la noche dormía...

—¿Cambiaron la orden después?

—La orden no ha sido cambiada —dijo el farolero—. Y ése es el drama. ¡Cada año gira el planeta a mayor velocidad y la orden es la misma!

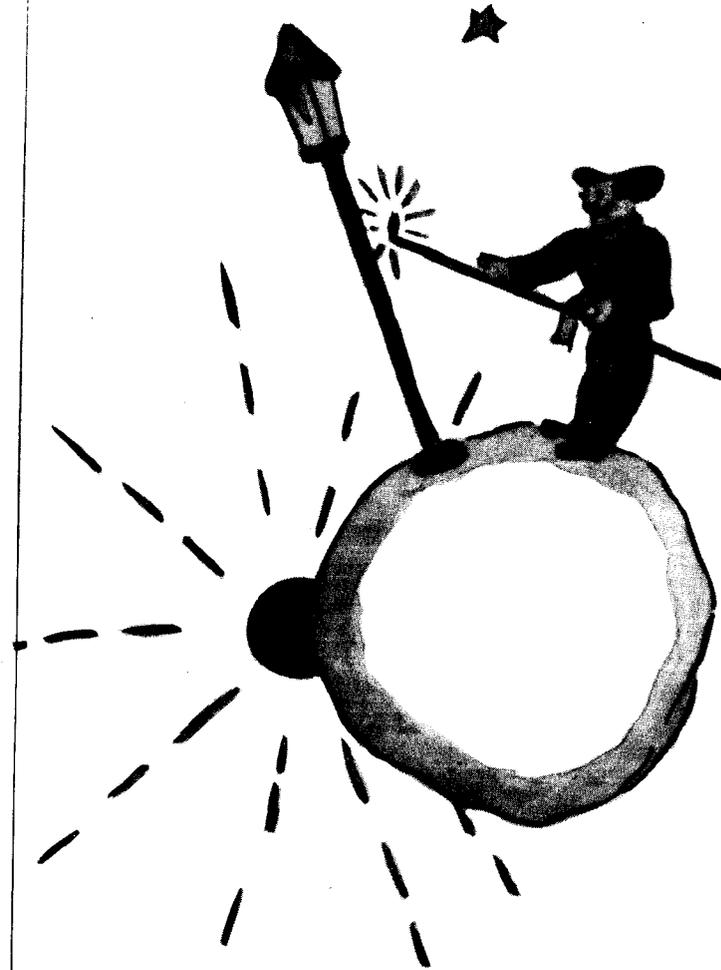
—¿Entonces?... —dijo el principito.

—Pues ahora que el planeta da una vuelta cada minuto no tengo ni un segundo de descanso. Enciendo y apago una vez por minuto.

—Es extraño, ¡aquí duran los días un minuto!

—No es extraño —dijo el farolero—. Ya hace un mes que charlamos.

—¿Un mes?



...apenas si tenía espacio para alojar a un farol y un farolero.



—Sí, treinta minutos. ¡Treinta días! Buenas noches —repitió el farolero.

Y encendió su farol.

El principito lo miró y quedó sorprendido de que el farolero cumpliera tan fielmente la orden. Recordó las puestas de sol que contemplaba en otros tiempos, cambiando de posición su silla. Qui-so ayudar a su amigo:

—¿Sabes?... sé un medio para que descanses cuando lo desees...

—Siempre lo deseo —respondió el farolero.

Pues se puede ser a la vez fiel y perezoso.

El principito prosiguió:

—Tu planeta es tan pequeño que puedes recorrerlo en tres zancadas. Puedes caminar tan lentamente que estés siempre al Sol. Cuando desees descansar, camina... y el día durará tanto como quieras.

—Con eso no logro gran cosa —dijo el farole-ro—, pues lo que más anhelo en mi vida es dormir.

—No es una suerte —dijo el principito.

—No es una suerte —contestó el farolero—. Buenos días.

Y apagó el farol.

“Este hombre —se dijo el principito mientras proseguía su viaje— sería menospreciado por los

otros: por el rey, por el borracho, por el vanidoso y por el hombre de negocios. Sin embargo, es el único que no me parece ridículo. Tal vez sea porque se preocupa por otras cosas y no por sí mismo”.

Y lanzando un suspiro que expresaba nostalgia, aún se dijo:

“Este es el único que podría haber sido mi amigo, pero su planeta es tan pequeño... No hay lugar para los dos”.

Lo que el principito no se atrevía a confesarse es que la causa por la que lamentaba no quedarse en aquel bendito planeta, eran las mil cuatrocientas cuarenta puestas del sol, cada veinticuatro horas.

QUINCE

El sexto planeta era diez veces más grande. Estaba habitado por un anciano que escribía en enormes libros.

—¡Toma, he aquí un explorador! exclamó en cuanto vio al principito.

Éste se sentó sobre la mesa y lanzó un suspiro de cansancio. ¡Había viajado ya tanto!

—¿De dónde vienes! —le preguntó el viejo.

—¿Qué libro es ése, tan grande? —dijo el principito—. ¿Qué hace usted aquí?

—Soy geógrafo —dijo el viejo.

—¿Qué es un geógrafo?

—Es un sabio que sabe dónde están los mares, los ríos, las ciudades, las montañas y los desiertos.

—Eso es muy interesante —dijo el principito—. ¡Eso sí es un verdadero oficio! —Y dirigió una mirada a su alrededor sobre el planeta del geógrafo—. Jamás había visto un planeta tan majestuoso.

—Es muy hermoso vuestro planeta. ¿Hay océanos?

—No lo puedo saber —dijo el geógrafo.

—¡Ah! —el principito quedó decepcionado—. ¿Y montañas?

—No lo puedo saber —repitió el geógrafo.

—¿Y ciudades y ríos y desiertos?

—Tampoco puedo saberlo —volvió a repetir el geógrafo.

—¡Pero usted es geógrafo!

—Exacto —dijo el geógrafo—, pero no soy explorador. Carezco completamente de exploradores. El geógrafo no cuenta las ciudades, los ríos, las montañas, los mares, los océanos y los desiertos. El geógrafo es demasiado importante para estar yendo de acá para allá. Permanece en su despacho, donde recibe a los exploradores; los interroga y toma nota de sus informaciones. Y si estas informaciones le parecen interesantes, el geógrafo investiga acerca de la moralidad del explorador.

—¿Para qué?

—Porque un explorador que diera informaciones falsas provocaría catástrofes en los libros de geografía. Y también las provocaría un explorador que bebiera demasiado.

—¿Por qué? —preguntó el principito.



—Porque los borrachos ven doble. Entonces el geógrafo registraría dos montañas donde sólo habría una.

—Yo conozco a uno —dijo el principito— que sería un mal explorador.

—Es posible. Cuando se comprueba la moralidad del explorador, se investiga sobre su descubrimiento.

—¿Se va a verlo?

—No, eso es demasiado complicado. Pero se le exige al explorador que presente pruebas. Si se trata, por ejemplo, del descubrimiento de una gran montaña, se exige que presente piedras grandes.

El geógrafo se emocionó repentinamente.

—Pero ¡tú vienes de lejos, eres un explorador! ¡Describe me tu planeta!

El geógrafo afiló su lápiz y abrió su libro de anotaciones. Pues los relatos de los exploradores se anotaban primeramente con lápiz; después, para pasarlos a tinta, se esperaba a que el explorador presentara las pruebas.

—¿Entonces? —preguntó el geógrafo.

—¡Oh!, mi planeta —dijo el principito— no es nada interesante, es muy pequeño. Tengo tres volcanes. Dos en actividad y uno apagado. Pero nunca se sabe.

—Nunca se sabe —dijo el geógrafo.

—Tengo también una flor.

—No registramos las flores —contestó el geógrafo.

—¿Por qué? Es lo más bonito.

—Porque las flores son efímeras.

—¿Qué significa "efímera"?

—Las geografías —dijo el geógrafo— son los libros más valiosos de todos los libros. Jamás pasan de moda. Es muy raro que una montaña cambie de lugar. Es muy raro que un océano se vacíe. Nosotros escribimos de cosas eternas.

—Pero los volcanes apagados pueden despertarse —interrumpió el principito—. ¿Qué significa "efímera"?

—Que los volcanes estén apagados o despiertos es lo mismo para nosotros —dijo el geógrafo—. Lo que nos importa a los geógrafos es la montaña. Ella no cambia.

—¿Pero qué significa "efímera" —repitió el principito—, que jamás había renunciado en su vida a una respuesta, cuando había hecho la pregunta.

—Significa "que está amenazada de una próxima desaparición".

—¿Está amenazada mi flor de desaparecer próximamente?

—Cierto.

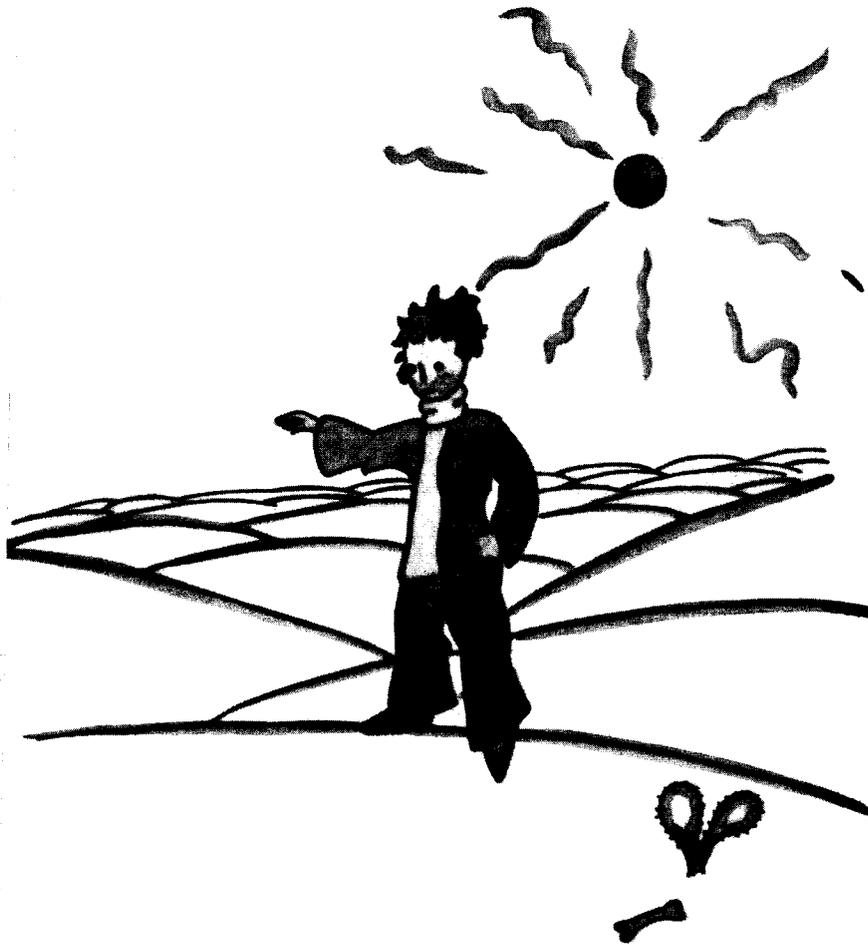
"Mi flor es efímera —se dijo el principito— ¡y no tiene más que cuatro espinas para defenderse del mundo! ¡Y la he dejado completamente sola en mi casa!"

Fue su primera manifestación de nostalgia. Sin embargo, se armó de valor:

—¿Qué me aconseja que visite? —preguntó.

—El planeta Tierra —le respondió el geógrafo—. La Tierra tiene buena fama.

Y el principito continuó su camino pensando en su flor.



DIECISEIS

El séptimo planeta fue, pues, la Tierra.

¡La Tierra no es un planeta cualquiera! Cuenta con ciento once reyes (incluyendo, naturalmente, los reyes negros), siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de borrachos, trescientos once millones de vanidosos y unos dos mil millones de personas mayores.

Para daros una idea de las dimensiones de la Tierra, os diré que antes de haberse descubierto la electricidad había que mantener a un verdadero ejército de cuatrocientos sesenta y dos mil quinientos faroleros en los seis continentes.

Visto desde lejos, producía un efecto magnífico. Los movimientos de este ejército eran semejantes a los de un ballet de ópera. Primero aparecían los faroleros de Nueva Zelanda y de Australia. Después de que encendían sus faroles, se iban a dormir. Entonces le tocaba el turno en la danza a los faroleros de China y de Siberia, quienes también desaparecían entre bastidores. Detrás aparecían los

faroleros de Rusia y de las Indias, seguidos de los de África y Europa, y luego los de América del Sur. Detrás de éstos venían los de América del Norte. Y jamás se equivocaban en el orden de entrar en escena. Era grandioso.

Únicamente el farolero del único farol del Polo Norte y su colega del único farol del Polo Sur llevaban una vida ociosa e indiferente: trabajaban dos veces por año.

DIECISIETE

Cuando uno quiere ser ingenioso, resulta que se tiene que mentir un poco. No he sido muy honesto al hablaros de los faroleros, y corro el peligro de dar una idea falsa de nuestro planeta a los que no lo conocen. Los hombres ocupan muy poco espacio en la Tierra. Si los dos mil millones de habitantes que pueblan la Tierra se pusieran de pie y un poco apretados, como en un mitin, podrían alojarse fácilmente en una plaza cuadrada de veinte millas de lado. Se podría amontonar a la humanidad en el islote más pequeño del Pacífico.

Seguramente que las personas mayores no os creerán, ellas creen que ocupan mucho espacio. Se sienten importantes como los baobabs. Aconsejadles, pues, que hagan el cálculo, adoran las cifras: eso les gustará. Pero no perdáis el tiempo, es inútil. Tened confianza en mí.

Ya en la Tierra, el principito quedó sorprendido de no ver a nadie. Temía haberse equivocado de planeta cuando un anillo de color de luna se movió en la arena.

—Buenas noches —dijo el principito, por decir algo.

—Buenas noches —dijo la serpiente.

—¿En qué planeta he caído? —preguntó el principito.

—En la Tierra, en África —contestó la serpiente.

—¡Ah!, ¿y no hay nadie en la Tierra?

—Esto es el desierto. En los desiertos no hay nadie. La Tierra es grande —dijo la serpiente.

El principito se sentó en una piedra y levantó los ojos hacia el cielo:

—Me pregunto —dijo— si las estrellas están encendidas para que cada uno pueda encontrar la suya algún día. Miro mi planeta, está exactamente encima de nosotros... ¡Pero qué lejos está!

—¡Qué hermoso es! —dijo la serpiente—. ¿Qué haces aquí?

—Tengo problemas con una flor contestó el principito.

—¡Ah! —exclamó la serpiente.

Quedaron en silencio.

—¿Dónde están los hombres? —preguntó al fin el principito—. Se siente uno un poco solo en el desierto...

—También se siente uno solo entre los hombres —dijo la serpiente.



—Buenas noches —dijo la serpiente.

El principito la observó largo rato:

—Eres un raro animal, delgado como un dedo
—le dijo al fin.

—Pero soy más poderoso que el dedo de un rey
—contestó la serpiente.

El principito sonrió:

—No eres muy poderoso... no tienes ni patas...
no puedes viajar...

—Yo te puedo llevar más lejos que un navío
—dijo la serpiente.

Se enroscó en el tobillo del principito como un
brazalete de oro.

—Al que yo toco lo devuelvo a la tierra, de
donde salió —dijo—. Pero tú eres puro y vienes de
una estrella.

El principito no contestó.

—Siento piedad por ti, tan débil, en esta tierra
de granito. Te puedo ayudar si algún día añoras
demasiado tu planeta. Te puedo...

—¡Oh! Te entiendo muy bien —dijo el principito—,
¿pero por qué hablas siempre con enigmas?

—Yo los resuelvo todos —le respondió la serpiente.

—Y quedaron en silencio.

DIECIOCHO

El principito atravesó el desierto y no encontró
más que una flor. Una flor de tres pétalos, insignificante...

—Buenos días —dijo el principito.

—Buenos días —contestó la flor.

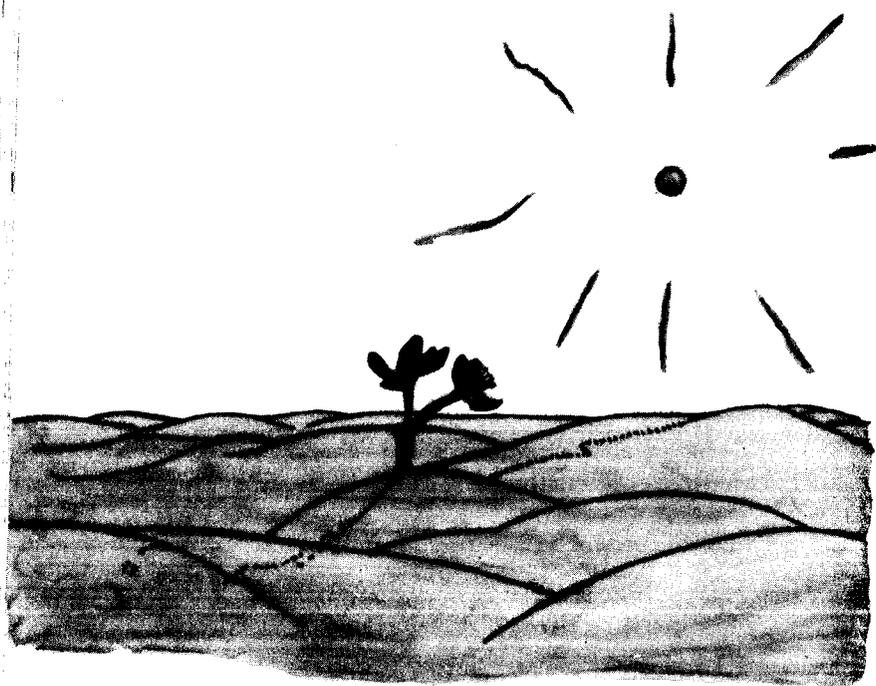
—¿Dónde están los hombres? —preguntó amablemente el principito.

Un día, la flor había visto pasar una caravana:

—¿Los hombres? Creo que hay seis o siete.
Hace años que los vi; pero no se sabe nunca dónde
se encuentran. El viento los lleva. No tienen raíces,
y eso les disgusta mucho.

—Adiós —dijo el principito.

—Adiós —le contestó la flor.



DIECINUEVE

El principito subió a una alta montaña. Las únicas montañas que conocía eran los tres volcanes que le llegaban a la rodilla, utilizaba al volcán apagado como taburete. “Desde una alta montaña como ésta —se dijo—, podré ver de golpe todo el planeta y todos los hombres”... Pero sólo vio las agudas puntas de las rocas.

—Buenos días —dijo, por decir algo.

—Buenos días... buenos días... buenos días...
—respondió el eco.

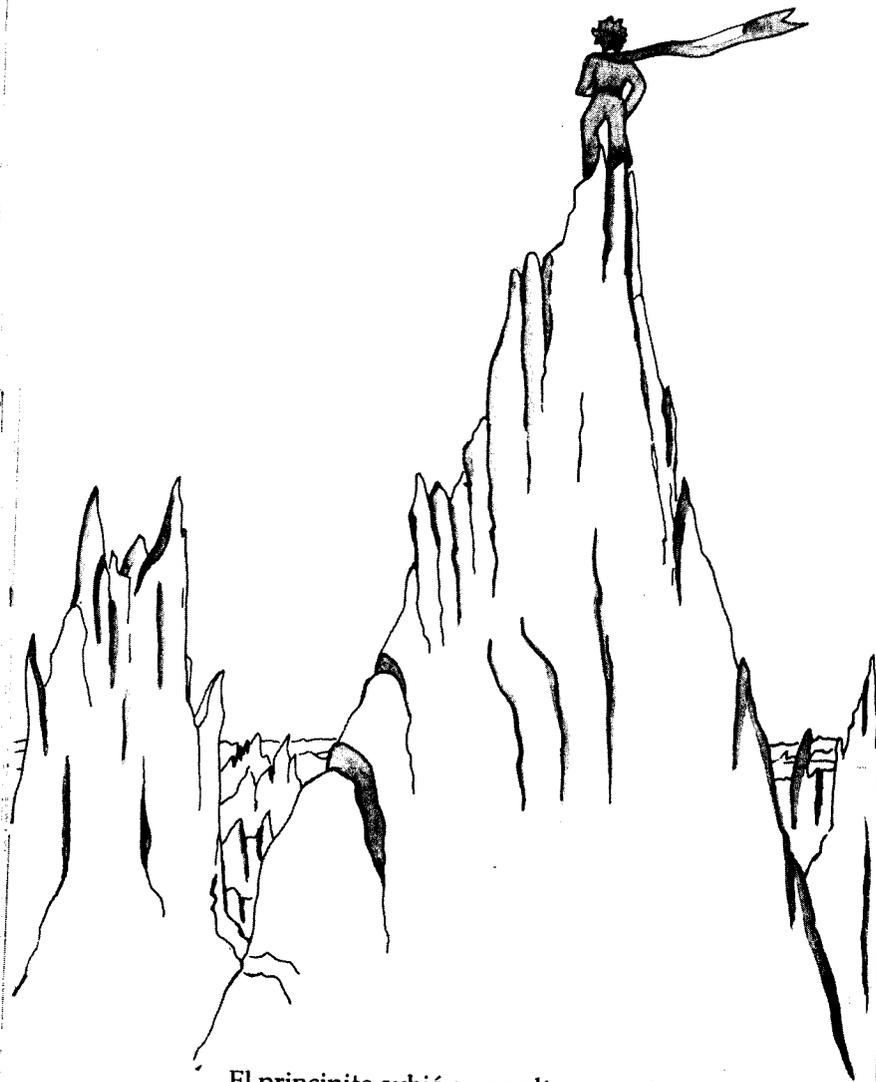
—¿Quién eres? —preguntó el principito.

—¿Quién eres?... ¿quién eres?... ¿quién eres?...
—respondió el eco.

—Estoy solo, sed mis amigos —dijo el principito.

—Estoy solo... estoy solo... estoy solo... —respondió el eco.

“¡Qué raro planeta! —pensaba—. Es completamente seco, puntiagudo y salado. A los hombres les falta imaginación, repiten lo que se les dice... En mi casa tenía una flor; ella siempre hablaba primero...”



El principito subió a una alta montaña.

VEINTE

Pero ocurrió que el principito, después de haber caminado mucho tiempo a través de arenas, rocas y nieve, descubrió al fin un camino. Y todos los caminos conducen a donde están los hombres.

—Buenos días —dijo.

Era un jardín lleno de rosas.

El principito las miró. Todas se parecían a su flor.

—¿Quiénes sois? —les preguntó asombrado.

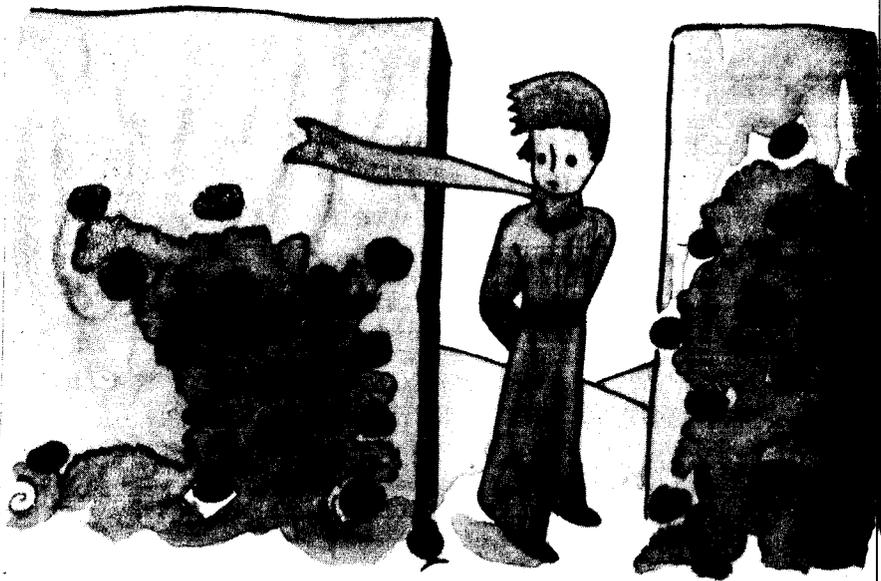
—Somos rosas —respondieron.

—¡Ah! —exclamó el principito.

Y se sintió muy desgraciado. Su flor le había dicho que ella era la única de su especie en el universo. ¡Y ahora resultaba que había cinco mil parecidas a la suya en un solo jardín!

“Se sentiría avergonzada —se dijo— si viera todo esto... tosería mucho y simularía que se encontraba muy mal para escapar al ridículo. Y yo me

vería obligado a aparentar que la cuidaba, pues si no lo hacía, para humillarme también, mi flor se dejaría verdaderamente morir...”



Continuó diciéndose: “Me creía rico con una flor única y sólo poseo una rosa ordinaria. Esta rosa y mis tres volcanes que me llegan a la rodilla, uno de los cuales probablemente esté apagado para siempre, no son suficientes para hacer de mí un gran príncipe...” Tendido sobre la hierba, lloró.

VEINTIUNO

Fue entonces cuando apareció el zorro:

—Buenos días —dijo.

—Buenos días —contestó amablemente el principito—, que se volvió, pero no vio a nadie.

—Estoy aquí, bajo el manzano —dijo la voz.

—¿Quién eres? —le contestó el principito—. Eres muy bonito...

—Soy un zorro.

—Ven a jugar conmigo —le propuso el principito—. Me siento muy triste.

—No puedo jugar contigo —le dijo el zorro—. No estoy domesticado.

—¡Ah, perdón! —dijo el principito.

Pero después de reflexionar, le dijo:

—¿Qué significa “domesticar”?

—Tú no eres de aquí —dijo el zorro—. ¿Qué buscas?

—Busco a los hombres —contestó el principito—. ¿Qué significa “domesticar”?

—Los hombres —dijo el zorro— tienen fusiles y cazan. ¡Es muy desagradable! También crían gallinas. Sólo se interesan por eso. ¿Buscas gallinas?

—No —le contestó el principito—, busco amigos. ¿Qué significa “domesticar”?

—Es una cosa muy olvidada —dijo el zorro—. Significa “crear lazos...”

—¿Crear lazos?

—Ciertamente —dijo el zorro—. Para mí tú no eres aún más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Y no tengo necesidad de ti. Y tú tampoco tienes necesidad de mí: yo no soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero si tú me domesticas, tendremos el uno necesidad del otro. Serás entonces para mí el único del mundo. Yo seré también para ti el único en el mundo.

—Comienzo a entender —dijo el principito—. Hay una flor... creo que me ha domesticado...

—Es posible —dijo el zorro—. ¡Suceden en la Tierra tantas cosas...!

—¡Oh, no es en la Tierra! —dijo el principito.

El zorro parecía muy intrigado:

—¿En otro planeta?

—Sí.



—¿Hay cazadores en ese planeta?

—No.

—¡Eso es interesante! ¿Y gallinas?

—No.

—Nada es perfecto —suspiró el zorro.

Pero el zorro volvió a su idea:

—Mi vida es monótona: cazo gallinas y los hombres me cazan a mí. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres se parecen. Por eso me aburro un poco. Pero si tú me domesticas, mi vida

se iluminará. Conoceré un ruido de pasos diferente a los otros. Los otros pasos harán que me oculte, los tuyos me llamarán como una música. Y, además, ¡mira! ¿Ves allá abajo los campos de trigo? Yo no como pan; para mí el trigo es inútil. Los campos de trigo no me sugieren nada. Eso es triste. Pero tú tienes los cabellos dorados. ¡Será maravilloso si me domesticas! El trigo dorado me hará recordarte. Y amaré el ruido del viento en el trigo...

El zorro calló y miró por largo tiempo al principito:

—¡Por favor, domesticame! —dijo.

—Bien quisiera —le contestó el principito—, pero no tengo mucho tiempo. Tengo que encontrar amigos y conocer muchas cosas.

—Sólo se conocen aquellas cosas que se domestican —dijo el zorro—. Los hombres no tienen tiempo de conocer nada. Compran las cosas ya hechas a los vendedores. Pero como no existen vendedores de amigos, los hombres no tienen amigos. Si quieres tener un amigo, ¡domesticame!

—¿Qué hay que hacer? —dijo el principito.

—Hay que ser paciente —respondió el zorro—. Primeramente te sentarás un poco lejos de mí, así, en la hierba. Yo te miraré de reojo y tú no dirás nada. La palabra es fuente de malentendidos. Cada día podrás sentarte un poco más cerca...

Al día siguiente volvió el principito.

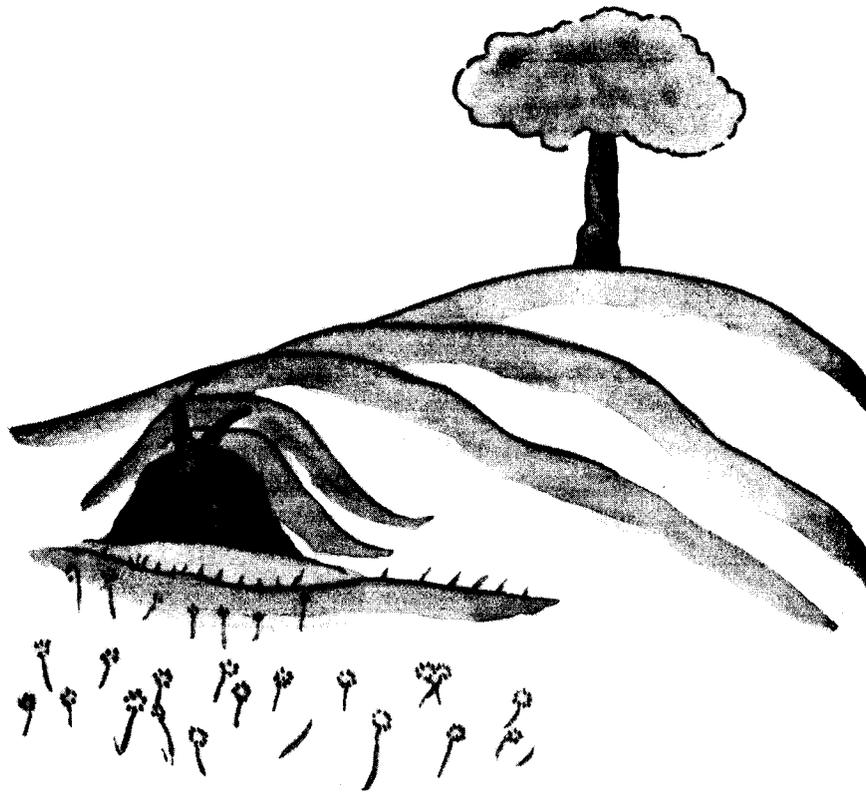
—Hubiese sido mejor que volvieses a la misma hora —dijo el zorro—. Si, por ejemplo, vienes a las cuatro de la tarde, desde las tres yo me sentiré feliz. Y a medida que se aproxime la hora, me sentiré más contento. A las cuatro ya comenzaré a agitarme y a estar inquieto; ¡conoceré el precio de la felicidad! Pero si llegas a cualquier hora, jamás sabré cuándo preparar al corazón... Los ritos son necesarios.

—¿Qué es un rito? —preguntó el principito.

—Esto es algo que también ha sido olvidado —dijo el zorro—. Es lo que hace que un día sea diferente a otro día; una hora de las otras horas. Por ejemplo, entre los cazadores existe un rito. El jueves bailan con las chicas del pueblo. Por lo tanto, el jueves es un día ¡maravilloso! Ese día paseo hasta la

viña. Si los cazadores bailasen cualquier día, todos los días se parecerían y yo no tendría vacaciones.





—¡Ah! —dijo el zorro—. Voy a llorar.

Así, el principito domesticó al zorro. Y cuando se aproximaba el día de la partida:

—¡Ah! —dijo el zorro—. Voy a llorar.

—Tuya es la culpa —dijo el principito—. Yo no te deseaba ningún mal, pero tú has querido que te domesticara...

—Efectivamente —dijo el zorro.

—¡Y ahora vas a llorar! —le contestó el principito.

—Sí —dijo el zorro.

—Entonces, ¿qué ganas?

—Gano —dijo el zorro— debido al color del trigo. Después añadió.

—Mira nuevamente las rosas. Comprenderás que la tuya es única en el mundo. Volverás a decirme adiós y yo te regalaré un secreto.

El principito fue a ver las rosas:

—Vosotras no sois exactamente iguales a mi rosa, no sois nada aún —les dijo—. Nadie os ha domesticado ni vosotras habéis domesticado a nadie. Sois como era mi zorro, que no era más que un zorro semejante a otros cien mil zorros. Pero yo lo hice mi amigo y ahora es único en el mundo.

Las rosas se sintieron muy disgustadas.

—Sois hermosas, pero estáis vacías —insistió—. No se puede morir por vosotras. Seguro que un

caminante cualquiera os creería igual a mi rosa, pero ella es más importante que todas vosotras; porque yo la he regado; porque la protegí contra el frío con mi campana de vidrio; porque la resguardé contra el viento con el biombo; porque le maté los gusanos (excepto dos o tres que se hicieron mariposas). Porque he escuchado sus lamentos y a veces cómo se envanecía y hasta cómo se callaba. Porque es mi rosa.

Y volviéndose hacia el zorro:

—Adiós —le dijo.

—Adiós —le contestó el zorro—. Este es mi secreto, muy sencillo: sólo se ve bien con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos.

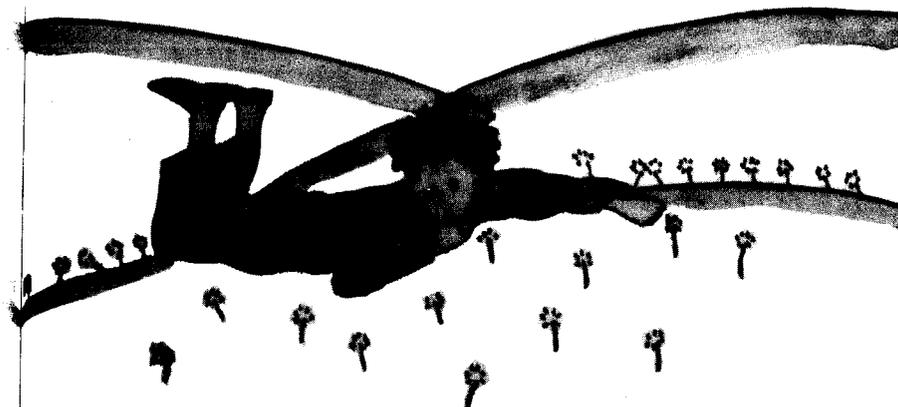
—Lo esencial es invisible a los ojos —repitió el principito para recordarlo.

—El tiempo que perdiste con tu rosa es lo que la hace tan importante.

—El tiempo que perdí con mi rosa —repitió el principito a fin de recordarlo.

—Los hombres han olvidado esta verdad —dijo el zorro— Pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...

—Soy responsable de mi rosa... —repitió el principito a fin de recordarlo.



El principito fue a ver las rosas.

VEINTIDÓS

—**B**uenos días —dijo el principito.

—Buenos días —contestó el guardagujas.

—¿Qué haces aquí? —dijo el principito.

—Formo con los pasajeros grupos de mil —dijo el guardagujas— y envío los trenes que los llevan tanto hacia la derecha como hacia la izquierda.

Y un tren rápido iluminado, rugiendo como un trueno, hizo temblar la caseta del guardagujas.

—Tienen mucha prisa —dijo el principito—. ¿Qué buscan?

—El mismo conductor no lo sabe —le contestó el guardagujas.

Y rugió en sentido inverso un segundo tren rápido iluminado.

—¿Regresan ya? —preguntó el principito.

—No son los mismos —le contestó el guardagujas—. Es un cambio.

—¿Es que no se sentían contentos donde estaban?

—Jamás se siente uno contento donde está —le respondió el guardagujas—. Y rugió un tercer tren rápido iluminado.

—¿Persiguen a los primeros viajeros? —preguntó el principito.

—No persiguen a nadie —dijo el guardagujas—. Duermen ahí dentro, o bostezan. Solamente los niños aplastan sus narices contra los vidrios.

—Sólo los niños saben lo que buscan —dijo el principito—. Los niños pierden el tiempo con una muñeca de trapo, que es lo más importante para ellos, y si se la quitan, lloran...

—¡Qué suerte la suya! —dijo el guardagujas.

VEINTITRÉS

—**B**uenos días —dijo el principito.

—Buenos días —respondió el comerciante.

Era un vendedor de píldoras perfeccionadas que apagaban la sed. Se toma una por semana y no se siente en ese tiempo ganas de beber.

¿Por qué vendes eso? —preguntó el principito.

—Representa una gran economía de tiempo —le dijo el vendedor—. Los expertos han hecho cálculos. Se ahorran cincuenta y tres minutos por semana.

—¿Y qué se hace con esos cincuenta y tres minutos?

—Se hace lo que se quiere...

“Si yo tuviera cincuenta y tres minutos para emplearlos en lo que quisiera —se dijo el principito—, caminaría tranquilamente hacia una fuente...”

VEINTICUATRO

Nos encontrábamos en el octavo día de mi avería en el desierto y yo había escuchado la historia del comerciante cuando bebía la última gota de mi provisión de agua.

—¡Ah! —dije al principito—, tus recuerdos son muy bonitos, pero aún no he reparado mi avión, no tengo nada que beber y sería muy feliz ¡si pudiera caminar tranquilamente hacia una fuente!

—Mi amigo el zorro me dijo...

—Mi pequeño hombrecito, ¡no se trata del zorro!

—¿Por qué?

—Porque nos vamos a morir de sed...

No comprendiendo mis palabras, me contestó:

—Es bueno haber tenido un amigo, aunque vayamos a morir. Estoy muy contento de haber tenido un amigo zorro...

“No tiene idea del peligro —me dije—. No tiene nunca hambre ni sed. Un poco de sol le basta...”

Pero el principito me miró y contestó a mi pensamiento:

—Yo también tengo sed... busquemos un pozo.

Tuve un gesto de cansancio; era absurdo buscar, al azar, un pozo en la inmensidad del desierto. Sin embargo, nos pusimos en camino.

Cuando habíamos caminado, en silencio, como dos horas, cayó la noche y las estrellas comenzaron a brillar. Yo las veía como en sueños, tenía un poco de fiebre debido a la sed. Las palabras del principito danzaban en mi mente:

—¿Tú también tienes sed? —le pregunté.

Pero no contestó a mi pregunta. Simplemente me dijo:

—El agua también puede ser buena para el corazón...

No comprendí su respuesta, pero me callé. Bien sabía que no le debía preguntar.

El principito estaba cansado y se sentó. Me senté cerca de él, y después de un silencio dijo:

—Las estrellas son bellas debido a una flor que no se ve...

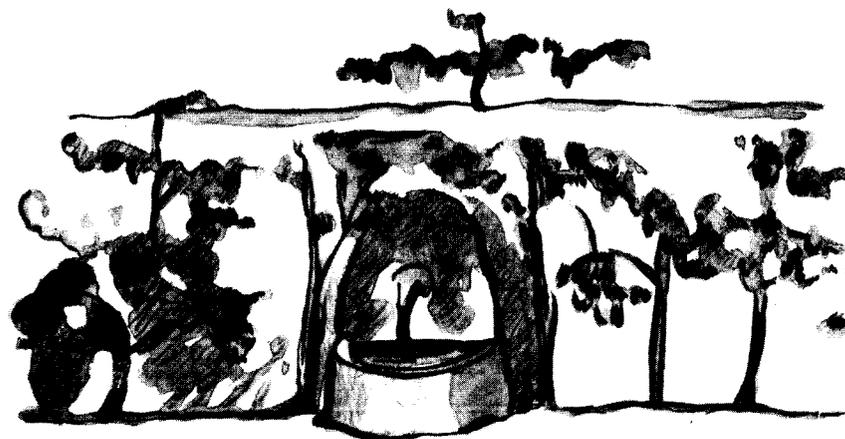
Respondí "es bien cierto", y en silencio miré los pliegues de la arena bajo la Luna.

—El desierto es hermoso —añadió.

Y era verdad. Siempre he amado al desierto. Se sienta uno en una duna y no se ve nada, no se escucha nada. Y, sin embargo, hay algo que resplandece en el silencio...

—Lo que embellece al desierto —dijo el principito— es que oculta un pozo en alguna parte...

Quedé sorprendido al comprender súbitamente el misterioso resplandor de la arena. Cuando era niño vivía en una vieja casa, de la que la leyenda contaba que escondía un tesoro. Es cierto que nunca lo descubrió nadie y probablemente nadie lo buscó, pero el tesoro encantaba a toda la casa. Mi casa ocultaba un secreto en el fondo de su corazón...



—Sí —dijo al principito—, ya se trate de la casa, de las estrellas o del desierto, lo que los hace bellos es invisible.

—Me gusta que estés de acuerdo con mi zorro —dijo el principito.

Como el principito se dormía, lo tomé en mis brazos y emprendí de nuevo el camino. Me sentía emocionado. Me parecía llevar un frágil tesoro. Incluso me parecía que no existía nada más frágil sobre la Tierra. Miré a la luz de la Luna su pálida frente, sus ojos cerrados, sus mechones de cabellos agitados por el viento, y me dije: "Lo que veo aquí no es más que una corteza; lo más importante es invisible..."

Como sus labios entreabiertos esbozaban una sonrisa, me dije: "Lo que me emociona tan profundamente de este pequeño príncipe dormido es su fidelidad a una flor; es la imagen de una rosa que resplandece en él como la llama de una lámpara, incluso cuando duerme..." Y aún me parecía más frágil. Es necesario proteger a las lámparas; un golpe de viento puede apagarlas...

Y así, caminando, descubrí el pozo al amanecer.

VEINTICINCO

—Los hombres —dijo el principito— se meten en los trenes rápidos, pero no saben lo que buscan. Entonces se muestran inquietos y dan vueltas...

Y añadió:

—¡No vale la pena...!

El pozo que encontramos no se parecía a los pozos del Sahara. Éstos son simples agujeros hechos en la arena. Éste se parecía a un pozo de aldea. Pero allí no había ninguna aldea y yo creía soñar.

—Es extraño —dijo el principito—, todo está listo: la polea, el cubo y la cuerda... Rió, tocó la cuerda e hizo mover la polea. Y la polea gemía como gime una vieja veleta cuando el viento no ha soplado en mucho tiempo.

—¿Escuchas? —dijo el principito—; hemos despertado al pozo y el pozo canta...

No quería que el principito hiciera ningún esfuerzo:

—Déjame —le dije—, es demasiado pesado para ti.

Lentamente subí el cubo y lo dejé bien asentado en el brocal. Aún escuchaba el canto de la polea, y en el agua, que aún se agitaba, veía temblar el Sol.

—Quiero beber de esta agua —dijo el principito—, dame de beber...

Y comprendí lo que el principito había buscado.

Le acerqué el cubo a sus labios. Bebió con los ojos cerrados. Aquella agua era dulce como una fiesta; algo distinto a un alimento. Había nacido del caminar bajo las estrellas, del canto de la polea, del esfuerzo de mis brazos. Era buena para el corazón, como un regalo. Cuando yo era niño, las luces del árbol de Navidad, la música de la misa de medianoche, la dulzura de las sonrisas hacían resplandecer mi regalo de Navidad.

—Los hombres de tu país —dijo el principito— cultivan cinco mil rosas en un mismo jardín... y no encuentran lo que buscan...

—No lo encuentran —le respondí.

—Sin embargo, lo que buscan lo podrían encontrar en una sola rosa o en un poco de agua...

—Es cierto —le contesté.

Y el principito añadió:



Rió, tocó la cuerda e hizo mover la polea.

—Pero los ojos son ciegos. Se tiene que buscar con el corazón.

Yo había bebido, me sentía bien. La arena al amanecer es de color de miel. Me sentía feliz al ver este color de miel. ¿Por qué habría de apenarme?

—Tienes que cumplir tu promesa —me dijo dulcemente el principito, que de nuevo se sentó cerca de mí.

—¿Qué promesa?

—Lo sabes... un bozal para mi cordero... ¡soy responsable de mi flor!

Saqué del bolsillo mis bocetos de dibujo. El principito los miró y dijo riendo:

—Tus baobabs se parecen un poco a las coles.

—¡Oh!

¡Y yo que me sentía tan orgulloso de los baobabs!

—Tu zorro... sus orejas... parecen cuernos... ¡son tan largas!

Y se volvió a reír.

—Eres injusto, muchachito. Yo no sabía dibujar más que boas abiertas y boas cerradas.

—¡Oh, no te preocupes! —dijo el principito—, los niños saben.

Dibujé, pues, un bozal. Se me oprimía el corazón al ofrecérselo:

—Tienes proyectos que ignoro...

Pero no me contestó, y me dijo:

—¿Sabes?... mañana será el aniversario de mi llegada a la Tierra.

Después de un silencio, añadió:

—Caí muy cerca de aquí.

Y se sonrojó.

De nuevo, sin saber por qué, sentí una gran tristeza. Sin embargo se me ocurrió preguntarle:

—¿Entonces, no te paseabas por casualidad la mañana que te conocí, hace ocho días, así, solo y a mil millas de distancia de todo lugar habitado? ¿Volvías al punto donde caíste?

El principito enrojeció de nuevo. Vacilando, añadió:

—¿Tal vez, por el aniversario...?

El principito enrojeció nuevamente. Nunca contestaba a las preguntas, pero cuando uno se sonroja, eso quiere decir "sí". ¿No es cierto?

—¡Ah! —le dije—. Temo que...

Pero él me respondió:

—Ahora debes trabajar. Debes volver a donde está tu máquina. Yo te espero aquí. Vuelve mañana por la tarde...

Pero yo no me sentía tranquilo. Me acordé del zorro. Si uno se deja domesticar, corre el riesgo de llorar un poco...

VEINTISEIS

Al lado del pozo estaban las ruinas de un viejo muro de piedra. Cuando volví de mi trabajo, por la tarde del día siguiente, vi desde lejos a mi pequeño príncipe sentado encima del muro con las piernas colgando. Escuché que hablaba:

—¿No te recuerdas? —decía—. ¡No es exactamente aquí!

Otra voz le respondió sin duda, puesto que contestó:

—¡Sí, sí!, es el día, pero no es aquí...

Continué mi camino hacia el muro. Seguía sin ver ni oír a nadie. Sin embargo el principito replicó de nuevo:

—Cierto. Verás dónde comienzan mis huellas en la arena. No tienes más que esperarme allí. Iré esta noche.

Estaba a veinte metros del muro y continuaba sin ver a nadie.

El principito dijo aún, después de un silencio:

¿Tienes buen veneno? ¿Estás segura de que
podrás sufrir mucho tiempo?

Estuve, con el corazón oprimido, pero se-
guí comprendiendo nada.

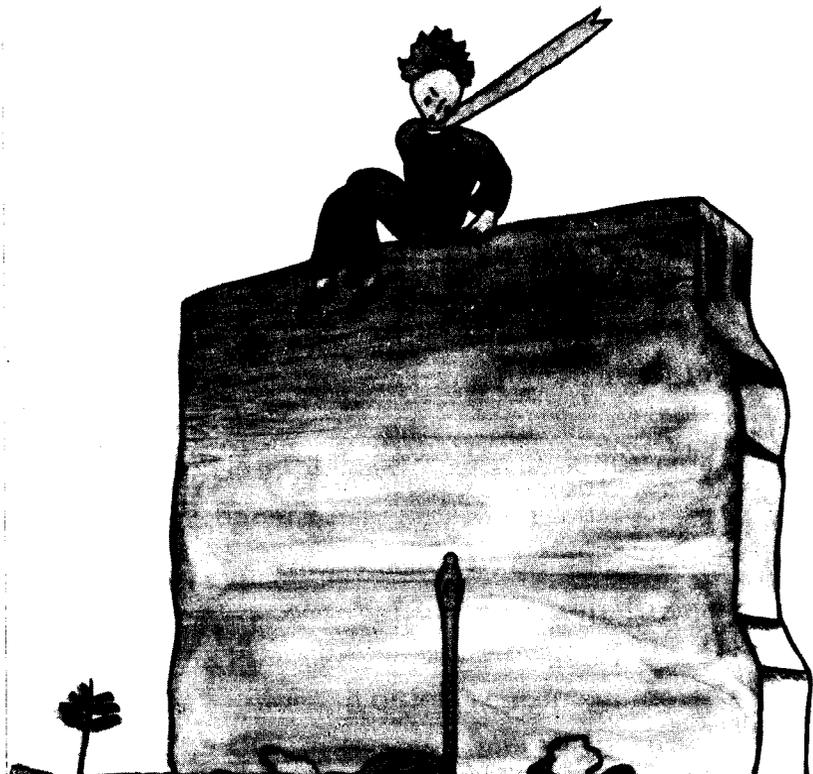
Ahora, vete! —dijo el principito—, quiero

que me des un poco de agua. Entonces bajé mis ojos hacia el pie del muro y
vi una flor. ¡Oh! Allí estaba, levantada hacia el principito,
con sus flores amarillas capaces de matar
en segundos. Corrí veloz a la vez que inten-
té sacar mi revólver del bolsillo. Pero, al oír el
ruido que hice, la serpiente se deslizó suavemente
por el muro, como un chorro de agua que se extin-
guía. Al apresurarse se escurrió entre las piedras
sin hacer ningún sonido metálico.

Me escondí al muro justo a tiempo para recibir en
mi hombrecito, pálido como la nieve.

¿Qué historia es ésta? ¿Hablas ahora con las
serpientes?

Le dije que sí. Él me mostró su eterna bufanda de oro. Le humedecí
los labios y le di de beber. Ahora no sabía qué



—¿Tienes buen veneno? ¿Estás segura de que no me harás sufrir mucho tiempo?

Me detuve, con el corazón oprimido, pero seguía sin comprender nada.

—¡Ahora, vete! —dijo el principito—, quiero bajar.

Entonces bajé mis ojos hacia el pie del muro y ¡di un salto! Allí estaba, levantada hacia el principito, una de esas serpientes amarillas capaces de matar en treinta segundos. Corrí veloz a la vez que intentaba sacar mi revólver del bolsillo. Pero, al oír el ruido que hice, la serpiente se deslizó suavemente en la arena, como un chorro de agua que se extingue, y sin apresurarse se escurrió entre las piedras con un ligero sonido metálico.

Llegué al muro justo a tiempo para recibir en brazos a mi hombrecito, pálido como la nieve.

—¿Qué historia es ésta? ¿Hablas ahora con las serpientes?

Aflojé su eterna bufanda de oro. Le humedecí las sienes y le di de beber. Ahora no sabía qué preguntarle. Me miró con dignidad y me rodeó el cuello con sus brazos. Sentí palpar su corazón como el de un pájaro que muere cuando se le ha herido con la escopeta. El principito me dijo:

—Estoy contento de que hayas arreglado el motor de tu avión, así podrás ir a tu casa...



—¡Ahora, vete! —dijo el principito—, quiero bajar.

—¿Cómo lo sabes?

Precisamente iba a anunciarle que, contra toda esperanza, había tenido éxito en mi trabajo.

No respondió a mi pregunta, pero añadió:

—Yo también vuelvo hoy a mi casa...

Después, melancólico:

—Está mucho más lejos y es más difícil...

Comprendía que algo extraordinario estaba sucediendo. Lo estreché entre mis brazos como a un niño pequeño y, sin embargo, parecía que se hundía verticalmente en un abismo sin que yo pudiera evitarlo...

Tenía la mirada serena, perdida en el horizonte:

—Tengo tu cordero y su caja. Y tengo el bozal...

El principito rió con melancolía.

Esperé largo rato. Noté que poco a poco entraba en calor.

—Hombrecito, has tenido miedo...

Cierto, había sentido miedo, pero rió dulcemente:

—Más miedo voy a tener esta noche...

Nuevamente me sentí helado por la sensación de lo irreparable. Y comprendí que no soportaría la idea de no escuchar más aquella risa, que era para mí como una fuente en el desierto.



—Hombrecito, quiero seguir oyendo tu risa...

Pero él me dijo:

—Esta noche hará un año. Mi estrella se hallará exactamente encima del punto donde caí el año pasado...

—Hombrecito, ¿no es cierto que esta historia de la serpiente, de la cita y de la estrella no es sino un mal sueño...?

Pero el principito no contestó a mi pregunta, y me dijo:

—Lo que es importante no se ve...

—Cierto...

—Es como con la flor. Si amas una flor que se haya en una estrella, resulta agradable mirar el cielo por la noche. Todas las estrellas están floreadas.

—Es bien cierto...

—Es como con el agua. La que me diste a beber era como una música, por la polea y la cuerda... ¿Te acuerdas?... ¡Qué buena era!

—Es bien cierto...

—Por la noche contemplarás las estrellas. La mía es muy pequeña para que pueda decirte dónde se encuentra. Es mejor así: mi estrella será para ti una de tantas. Por eso te gustará contemplarlas a todas... Todas serán tus amigas. Y ahora te voy a hacer un regalo... Y rió.

—¡Ah, hombrecito, hombrecito, cuánto me gusta oírte reír!

—Justamente ese será mi regalo... Será como con el agua...

—¿Qué quieres decir?

—La gente posee estrellas que no son las mismas. Para los que viajan, las estrellas son guías. Para otros no son más que lucecitas. A otros, que son sabios, les crean problemas. Para mi hombre de negocios, eran oro. Pero todas estas estrellas son mudas. Tú, tendrás estrellas como nadie las ha tenido...

—¿Qué quieres decir?

—Cuando por la noche mires al cielo, como yo viviré y reiré en una de ellas, entonces será para ti, como si rieran todas las estrellas. ¡Tú tendrás estrellas que saben reír!

Y el principito rió nuevamente.



—Y cuando te hayas consolado (siempre se consuela uno) te sentirás contento de haberme conocido. Siempre serás mi amigo. Tendrás deseos de reír conmigo. Y a veces abrirás tu ventana así... por simple placer... Y tus amigos quedarán extrañados al verte reír mirando al cielo. Entonces tú les dirás: "Sí, las estrellas siempre me hacen reír", y te creerán loco. Y yo te habré jugado una mala pasada...

Y volvió a reír:

—Será como si yo te hubiese dado, en lugar de estrellas, multitud de cascabelitos que saben reír...

Y nuevamente rió. Después se puso serio:

—Esta noche... ¿sabes? ... ño vengas.

—No me separaré de ti.

—Parecerá que me encuentro mal... Como si fuera a morir. No importa. No vengas a verme, no vale la pena...

—No me separaré de ti.

Pero estaba intranquilo.

—Si te he dicho eso... es debido a la serpiente. Basta que te muerda... Las serpientes son malas, pueden morderte por placer...

—No me separaré de ti.

Pero algo lo tranquilizó.

—¿Es cierto que las serpientes no tienen veneno para una segunda mordida?

Aquella noche no lo vi ponerse en camino. Se fue sin hacer ruido. Cuando logré alcanzarlo, caminaba decidido, con paso rápido. Me dijo únicamente:

—¡Ah! Estás ahí...

Y me tomó de la mano demostrando su inquietud:

—Haz hecho mal. Vas a sufrir. Parecerá que estoy muerto y no será verdad...

No dije nada.

—Comprende, está muy lejos. No puedo llevar mi cuerpo ahí, es demasiado pesado.

Yo callaba.

—Pero será como una vieja corteza abandonada. Las viejas cortezas no son tristes.

Yo callaba.

Se descorazonó un poco, pero aún hizo un esfuerzo:

—¿Sabes?, será agradable. Yo también miraré las estrellas. Todas las estrellas serán pozos con una polea oxidada. Todas las estrellas me darán agua para beber...

Yo no decía nada.

—¡Será realmente divertido! Tendrás quinientos millones de cascabeles; yo tendré quinientos millones de fuentes...

El principito también calló... porque lloraba...

—Es allí. Déjame ir solo.

Y se sentó porque tenía miedo.

Aún dijo:

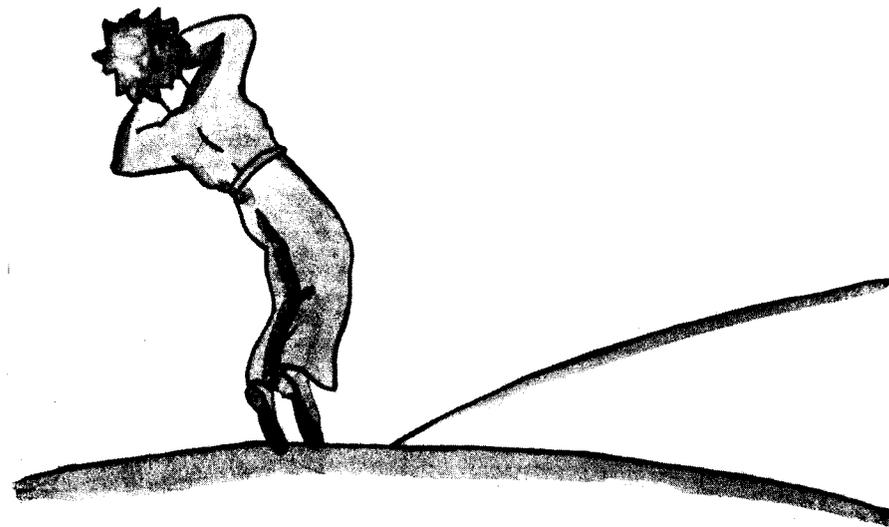
—¿Sabes?... mi flor... ¡Soy responsable de ella!
¡Y es tan débil! ¡Y tan ingenua! No tiene más que
cuatro espinas para protegerse del mundo...

Me senté porque ya no me podía mantener de
pie. El principito dijo:

—Bueno... eso es todo...

Aún dudó un momento; al fin se levantó y dio
un paso. Yo no podía moverme.

Sólo un relámpago amarillo brilló junto a su
tobillo. Permaneció inmóvil un instante. No gritó.
Cayó suavemente, como cae un árbol. Ni ruido
hizo, debido a la arena.



Cayó suavemente, como cae un árbol.

VEINTISIETE

De esto hace ahora seis años... Nunca había contado esta historia. Los camaradas que me encontraron mostraron su contento por volverme a ver vivo. Me sentía triste, pero les decía: "es el cansancio..."

Ya me siento un poco consolado; es decir, no completamente. Pero estoy convencido de que el principito volvió a su planeta pues, al amanecer, no encontré su cuerpo. No era realmente, un cuerpo pesado... Por la noche me gusta oír a las estrellas, semejantes a quinientos millones de cascabeles...

Pero ha sucedido algo extraordinario. ¡Olvidé poner la correa de cuero al bozal que dibujé para el principito! Y no habrá podido ponérselo a su cordero. Entonces, me pregunto: "¿Qué habrá sucedido en su planeta? Tal vez el cordero se comió a la flor..."

Algunas veces me digo:

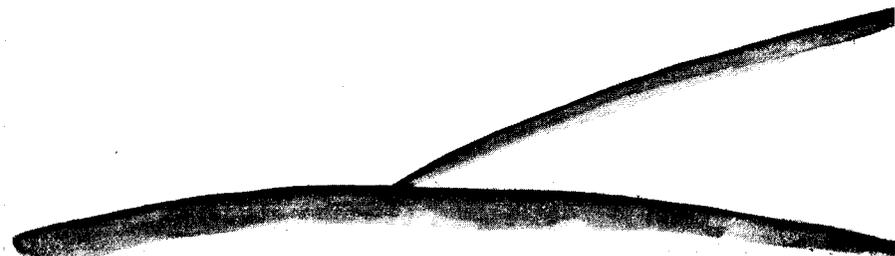
"¡Seguramente no! El principito protege su flor cada noche bajo su campana de vidrio y vigila a su cordero... Entonces me siento feliz. Y todas las estrellas sonrían dulcemente. Otras veces me digo:

“Alguna vez tiene uno que olvidarse... ¡y con ello basta! Alguna noche ha debido olvidar la campana de vidrio, o bien el cordero salió sin hacer ruido durante la noche...” ¡Entonces los cascabeles se truecan en lágrimas...!

Estamos ante un gran misterio, tanto para vosotros, que amáis al principito, como para mí, nada en el universo sigue igual, si en alguna parte, no se sabe dónde, un cordero que no conocemos, se come o no una rosa...

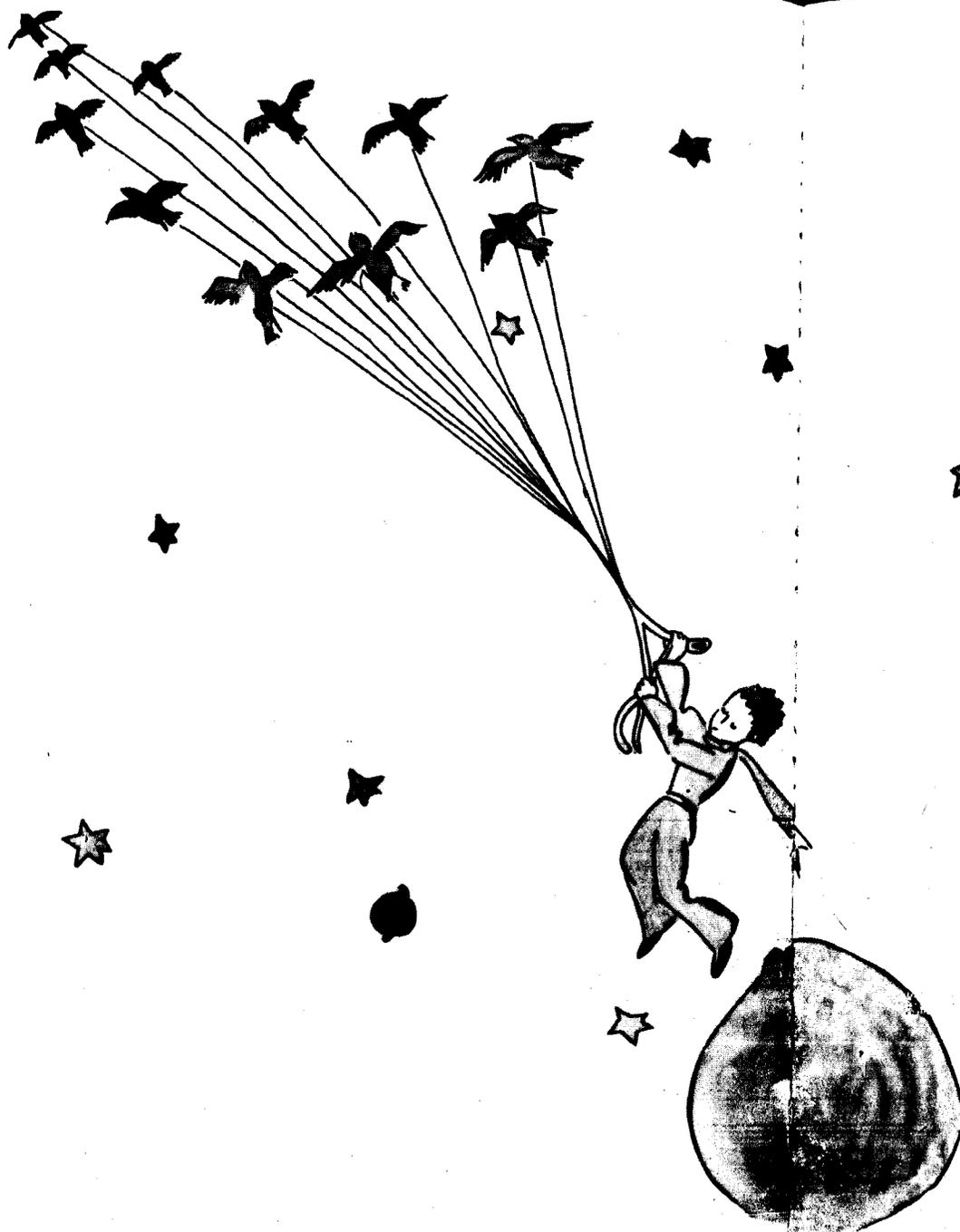
Mirad al cielo y preguntaros: “¿se ha comido o no se ha comido el cordero la flor?” Y veréis como todo cambia...

¡Ninguna persona mayor comprenderá nunca que esto tenga tanta importancia!



Este es para mí el más hermoso y el más triste paisaje del mundo. Es el mismo paisaje de una página anterior, pero lo he dibujado una vez más para mostrároslo bien. Aquí es donde el principito apareció en la Tierra, y desapareció después.

Mirad atentamente este paisaje para aseguraros de que podéis reconocerlo, si en alguna ocasión viajáis por el desierto, en África. Si un día pasáis por allí, os suplico que no apresuréis el paso y que os detengáis un momento exactamente bajo la estrella. Si entonces un niño se os acerca, si ríe, si tiene cabellos de oro, si no contesta cuando se le pregunta, adivinaréis quién es. ¡Sed amables con él! No me dejéis tan triste: escribidme pronto que el principito ha vuelto...



Esta obra se terminó de imprimir en
OFFSET LIBRA, Francisco I. Madero No. 31,
Barrio San Miguel Iztacalco, C.P. 08650,
México, D.F. Tel: 5590-8269

A de escribir esta obra no salió totalmente de Saint-
una feliz coincidencia. Alrededor de este "cuento
, existe una gran anécdota: según gente muy
, siempre andaba dibujando niños por todas partes,
s, cartón, hojas y menús de restaurantes; hasta que
editor le preguntó -qué dibuja, la respuesta fue muy
Poca cosa, es el niño que llevo siempre en el

respondió aprovechando la ocasión: ¿por qué no
historia de ese niño, para un libro de niños? Así nació
o. Saint-Exupéry, siempre fiel a su obra, nos retrata
su niñez, de cuando era enteramente feliz y puro.

os los niños del mundo, chicos y grandes!

666-098-4



660985

Clásicos Juveniles



GRUPO EDITORIAL TOMO S.A. DE C.V.

LA IDEA de escribir esta obra no salió totalmente de Saint-Exupéry, fue una feliz coincidencia. Alrededor de este "cuento para niños", existe una gran anécdota: según gente muy allegada a él, siempre andaba dibujando niños por todas partes, en servilletas, cartón, hojas y menús de restaurantes; hasta que cierto día su editor le preguntó -qué dibuja, la respuesta fue muy sencilla... "Poca cosa, es el niño que llevo siempre en el corazón".

El editor respondió aprovechando la ocasión: ¡por qué no escribe la historia de ese niño, para un libro de niños! Así nació **El principito**. Saint-Exupéry, siempre fiel a su obra, nos retrata recuerdos de su niñez, de cuando era enteramente feliz y puro.

¡Para todos los niños del mundo, chicos y grandes!



Clásicos Juveniles

